

El sótano de la memoria

Libia Ennedi Ortiz
Ilustraciones: Renata Galindo

D.R. © Libia Ennedi Ortiz Dueñas
El sótano de la memoria.

D.R. © Ilustraciones
Renata Galindo

D.R. © Apoyo al Desarrollo de Archivos
y Bibliotecas de México, A.C.
www.adabi.org.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
incluido el diseño tipográfico y de portada sea cual
fuere el medio, electrónico o mecánico o de cualquier
otra índole, sin el consentimiento por escrito del editor.

Derechos reservados conforme a la ley.
Editado en México

FUNDACIÓN ALFREDO HARP HELÚ

Alfredo Harp Helú
Presidente Honorario Vitalicio

María Isabel Grañén Porrúa
Presidencia

APOYO AL DESARROLLO DE ARCHIVOS
Y BIBLIOTECAS DE MÉXICO, A.C.

María Isabel Grañén Porrúa
Presidencia

Stella María González Cicero
Dirección

Amanda Rosales Bada
Subdirección

María Cristina Pérez Castillo
Coordinación de Publicaciones

El sótano de la memoria

Libia Ennedi Ortiz
Ilustraciones: Renata Galindo



FUNDACIÓN
Alfredo
Harp Helú 

iSabina despierta!, ¡despierta!, recuerda que iremos a la casa del abuelo Agustín, dice mamá que pasaremos las vacaciones con él, seguro tendrá mucho que contarnos.

—Sí, pero aún tengo mucho sueño.

—¡Leo, Sabina, deprisa! el abuelo ya debe estar esperándonos, —grita Inés, la mamá de Sabina y Leo.

Sabina y Leo guardaron sus cosas tan rápido que parecía que huían.

El camino era largo, pero la carretera tenía una que otra curva divertida, cerros, árboles y algunas ovejas pastando.

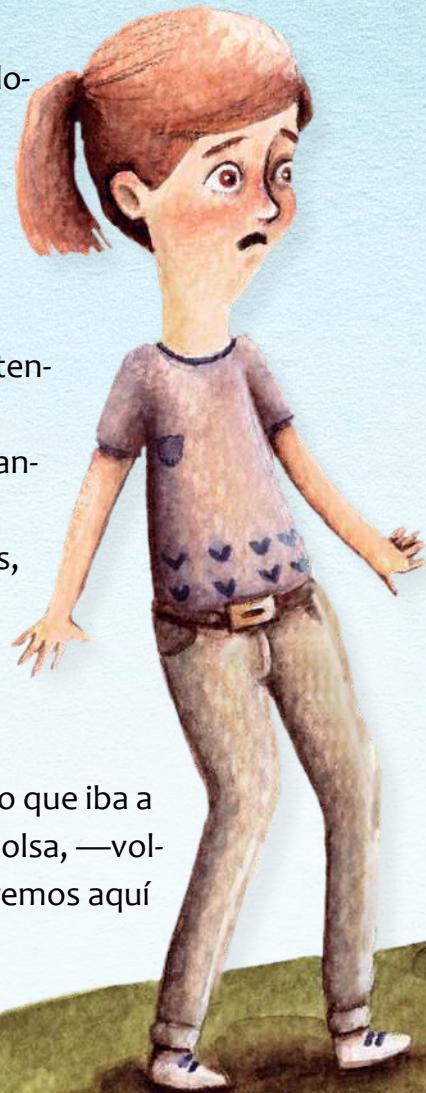
Sabina y Leo estaban ansiosos por llegar, pero una advertencia de su papá capta su atención:

—No entren al sótano. —interrumpe Jerónimo, —¡Hay tantas cosas, que podrían perderse entre ellas!

—¡Por fin llegamos!, saluden al abuelo Agustín. —dice Inés, Sabina y Leo se acercaron, él les dio un abrazo y les pidió que metieran la mano en cada una de las bolsas de su abrigo y tomaran su regalo.

Sabina dio un grito despavorido, al encontrar una lombriz.

Leo reía sin parar y metió la mano en la otra bolsa, sabiendo que iba a encontrar algo similar. Y así fue, un horrible sapo saltó de la bolsa, —volteó a ver a sus papás y les dijo, —¿Seguros de que nos quedaremos aquí todas las vacaciones?





—Vamos chicos, —dijo el abuelo— es una broma, algo divertido para recordar. En la casa tengo galletas, dulces y un montón de cosas que platicar.

Jerónimo e Inés se depidieron, Sabina y Leo se miraron con algunas dudas, pero finalmente entraron a la casa, era muy antigua y estaba llena de objetos desconocidos para ellos.

Los niños miraron lo que había en la mesa. Era verdad, galletas y dulces los esperaban, ah, y también Archivaldo, el gato del abuelo Agustín, y así comenzaron las historias.

Don Agustín les contó de cuando Leo era bebé, de cuando aún no sabían qué nombre ponerle a la pequeña Sabina y recordó lo curiosos que eran desde pequeños.

—Ya tengo sueño abuelo —dijo Sabina, mañana nos puedes seguir contando.



A la mañana siguiente salieron a jugar en el hermoso jardín y el estanque cercano durante todo el día. Al regresar a la casa Sabina pasó por la puerta que conduce al sótano. Se acercó, pero recordó la advertencia de su papá “ahí podrían perderse”. Subió a la recámara y le dijo a Leo:

—Y si entramos al sótano cuando el abuelo esté dormido, seguro que será divertido. No es tan grande, yo creo que no nos vamos a perder, hasta podríamos encontrar algún tesoro escondido que seguro guarda el abuelo.

Leo dudó por un momento y le preguntó —¿traes tu lámpara para acampar?

Sabina y Leo esperaron a que el abuelo se durmiera y decidieron salir de su recámara de puntitas. Quisieron asegurarse de que el abuelo en verdad estaba dormido, así que abrieron la puerta de la habitación muy lentamente. Alumbraron la cara de don Agustín, quien dormía como un bebé. Bajaron las escaleras y por fin, estaban justo frente de la puerta del sótano. Se miraron uno al otro para comenzar la aventura.

—Abre, abre ya... —dijo Sabina.

Leo negó moviendo la cabeza e hizo una seña para que volvieran a sus camas, pero Sabina estaba empeñada en entrar al sótano y descubrir el tesoro. Así empujó la puerta, que hizo un ruido tan fuerte que despertó a Archivaldo; por un momento se asustaron al escuchar tremendo maullido, pero el gato llegó a la puerta del sótano y se sentó haciendo de compañía y cómplice.

—Entra Sabina, ¡empuja con fuerza! —dijo Leo.

—No puedo, está muy dura, podemos despertar al abuelo.

—Déjame intentarlo. ¡No se puede!, parece que lleva muchos años cerrada.

Archivaldo soltó un maullido para confirmar sus sospechas.

—Tengo un plan, vayamos a la cocina por un poco de aceite.

Una vez frente a la puerta, vaciaron la botella en las bisagras, esperaron unos minutos y lograron entrar.

Bajaron las escaleras, apenas podían ver con su lámpara.

—Leo hay muchas cosas en este lugar, pero no veo el tesoro, mis papás no se equivocaron, está lleno de papeles y libros podríamos perdernos, mira... ¿qué es esta cosa tan rara? —preguntó Sabina.

Es un instrumento para ver de lejos, como los que usaban los marineros cuando decían: “¡Tierra a la vista!”. Sabina ríe fuertemente por la voz dramática que hizo Leo imitando a un marinero.

—Silencio, apresúrate, alumbra aquí en la mesa —pidió Sabina a Leo, hay algunos recortes de periódicos, fotografías, libros. Todo está muy viejo y lleno de polvo.

Leo, sin poner atención a Sabina se acercó a un librero, que iba de pared a pared, y encontró un libro hermosamente encuadernado que atrajo su atención.

—*Antes del papel* ¿qué significa esto? —preguntó Leo.

—No lo sé, hay que leerlo, para saber de qué se trata. ¡Leo, Leo mira! ¡hojas con letra manuscrita!, a veces me dejan planas y planas de esa letra.

—¡Sabina vámonos! ya es muy tarde y tenemos que dormir ¿qué tal que el abuelo se despierta? —dice Leo nervioso e impaciente.

Sabina y Leo estaban muy contentos de haber logrado entrar al sótano sin que los descubriera el abuelo, y aunque no pudieron ver gran cosa ni encontrar el



tesoro, lo que vieron fue tan emocionante que decidieron volver la siguiente noche. Ya en sus camas prometieron no decir nada a nadie, pusieron sus manos una sobre la otra para sellar el trato.

A la mañana siguiente el abuelo de muy buen humor, llegó a despertarlos con la noticia de que no encontraba la botella del aceite para cocinar el almuerzo, así que tendrían que ir al pueblo a desayunar y a hacer algunas copras.

Sabina y Leo se miraron uno al otro y sonrieron al abuelo.

Ya en el pueblo Sabina empezó a hacer preguntas:

—Abuelo ¿en qué trabajabas cuando eras joven?

—Aún estoy joven, sólo por fuera se me ve lo viejo, soy como los papeles que guardan la memoria, verás, te contaré: trabajé en muchos lugares, todos han tenido que ver con el pasado, desde muy chico como de tu edad Sabina, quería saber que había pasado antes, es decir me gustaba la Historia.

—¿En serio te gustaba la Historia? pero si es aburridísima, interrumpe Leo.

—No Leo, no lo es, bueno, si solamente memorizas las fechas y los nombres, te aseguro que te aburrirás muchísimo, pero si la analizas encontrarás situaciones similares a las que vives ahora.

—¿Y a ti por qué te gusta la Historia abuelo? — preguntó Sabina.

—Me gusta porque con ella podemos saber cómo eran las personas antes, lo que pensaban, cómo se las arreglaban para vivir sin todo lo que existe hoy, pero sobre todo porque me dice de dónde vengo, y con eso quiero decir que conozco mi pasado y eso me da identidad.

—Suena bien abuelo, tal vez me empiece a gustar la Historia, bueno pero,

¿en qué trabajabas cuando eras joven? —preguntó nuevamente Sabina.

—Ah sí, en eso estábamos. Primero trabajé en un museo, luego fui ayudante de un archivero, fue ahí donde rescaté a Archivaldo; y con el paso de los años trabajé en una biblioteca antigua; esa biblioteca fue cerrada porque ya casi nadie la visitaba, así que al cerrarla me he dedicado a desempolvar los libros y reparar los que están dañados, claro con ayuda de dos amigos que son expertos en esto. Mi vida ha transcurrido entre papeles, libros y a decir verdad entre un montón de polvo, pero así conocí la vida de muchas personas, algunas veces leía cartas de enamorados que me encontraba en el archivo, un día me impresionó encontrar el recibo de la venta de un esclavo.

—¿La venta de una esclava? —preguntó Leo.

—Si pequeños, antes existía la esclavitud, se compraban y vendían hombres o mujeres para hacer los trabajos más difíciles. A la esclava que les platicó la vendieron por ser rebelde y contestar con malas palabras a sus dueños en el año de 1682. Mientras el abuelo contaba esto, Leo interrumpe, recordando el libro que le llamó tanto la atención en el sótano.

—Y el papel que guarda tantas historias, ¿también tiene una historia?

—Claro, cada cosa que ves aquí tiene una historia, los aviones, la comida, los edificios, las tradiciones, todo tiene un pasado y por supuesto también el papel.

Esto avivó la curiosidad de Leo y Sabina por el libro del sótano. Después de hacer las compras y dar un paseo por el pueblo, había llegado la hora de volver a casa. Los niños cenaron muy rápido para seguir escuchando al abuelo.

Don Agustín sacó el álbum de fotos familiares y les contó más anécdotas, y lo mejor, fotos de cuando trabajaba en el archivo del pueblo.

—¿Por qué tienes guantes y cubre bocas, estabas enfermo? —preguntó Sabina.

—No, me los ponía para no ensuciar los documentos con el sudor o la grasa de la piel y también para no infectarme con algún bicho que pudiera formarse en los papeles. Todo investigador que le guste indagar en papeles y libros viejos tiene que usar estas herramientas.

Mientras el abuelo colocaba todo en su lugar, Sabina y Leo se voltearon a ver.

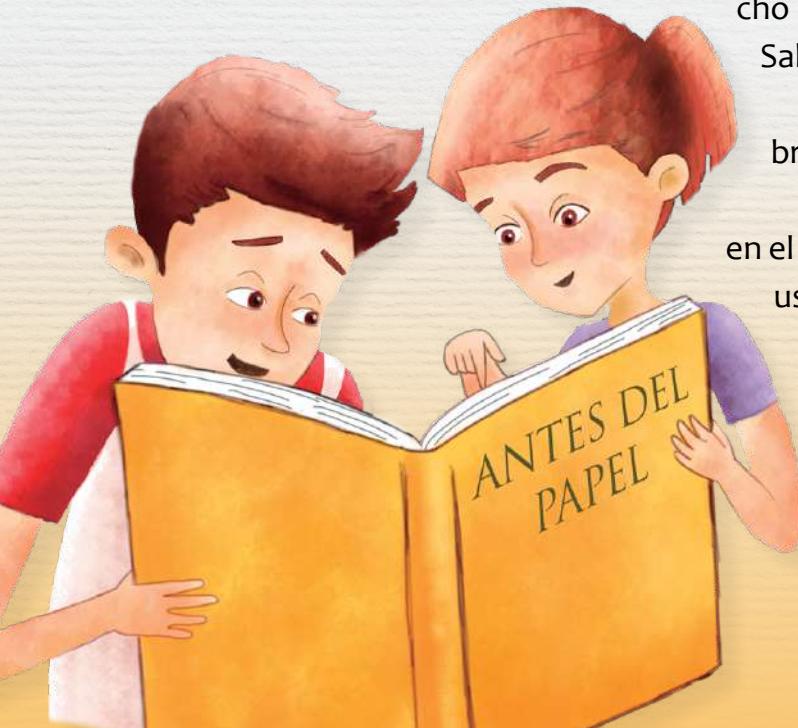
—Esta noche no podemos investigar sin esas herramientas, hay mucho polvo allá abajo. —le dijo Leo a Sabina en el oído.

—Abuelo ¿tienes guantes y cubrebocas? —preguntó Sabina.

—No ya no, debo tener algunos en el sótano, pero por ahora no pienso usarlos. ¿Te gustaría disfrazarte de investigadora?

—¡Claro! y tomarme unas fotos como las tuyas.

—Espera un momento



—dijo el abuelo, subió a su recámara y bajó con unos guantes de tela, que pertenecieron a la abuela Sofía, y con un pañuelo para cubrirle la boca; le colocó el disfraz de investigadora y le dijo —listo, tenemos en casa a una pequeña que descubrirá el pasado. Es hora de dormir, mañana seguiremos jugando.

Como la noche anterior, esperaron a escuchar los ronquidos del abuelo. Fueron con Archivaldo directamente al sótano para buscar entre las cajas el tesoro, pero no corrieron con suerte, la luz de su lámpara apenas dejaba ver fragmentos de ese mundo.

Acercaron unos bancos a la mesa y comenzaron a hojear el libro *Antes del papel*. Lo abrieron y encontraron un índice y uno de los temas decía: “Los barcos y el papel de trapo”, página 369; buscaron la página y Leo comenzó a leer:

En el siglo XV, en Francia, se inventó el papel de trapo, llamado así porque estaba hecho con ropa vieja, que en ese tiempo era de lino, algodón o cáñamo.

—¿Cómo, el papel no existía antes de ese momento? —dijo Sabina.

—Al parecer sí, tendríamos que leer las 368 páginas anteriores para entender, o mejor aún, preguntarle al abuelo —dijo Leo.

—Sigue leyendo, que aun no aparecen los barcos —dijo Sabina.

Leo continuó:

Para obtener la materia prima, es decir el trapo, existían barcos que iban de un país a otro, comprando ropa vieja, que después se convertiría en papel.



—Oye Leo, esto es algo como el reuso, usaban la ropa para hacerla papel.

—Sí, es reciclar, como ahora hacemos con el plástico. Bueno, ya es hora de dormir, ¿no crees? mañana tenemos mucho que platicar con el abuelo.

Leo y Sabina despertaron tarde, la noche anterior pasaron más de dos horas en el sótano. Escucharon al abuelo que podaba el pasto y entonaba una canción.

—Antes de bajar a platicar con el abuelo, debemos hacer una lista de las cosas que queremos saber —dijo Leo a Sabina. Yo quiero saber... ¿en qué escribían antes del papel de trapo, y si en México también usaban ese papel?

—¿Y tú Leo, qué quieres preguntar?

—¡Por favor apunta! —¿podrías prestarnos o comprar una lámpara grande?

—¿En serio le quieres preguntar eso? —contestó Sabina muy extrañada— el abuelo pedirá que le digamos qué vamos a hacer con ella y sospechará.

—Bueno, entonces, quiero saber... ¿quién inventó el papel, que usamos ahora? ¿Cómo se llama lo que usaban los marineros para ver de lejos? ¿Cómo conoció a la abuela Sofía y si tiene alguna foto de ella? Nunca nos ha platicado cómo era nuestra mamá de niña.

—Eso es, empecemos por las fotos de la abuela y después preguntamos todo lo que se nos ocurra —dijo Leo y corrió al jardín.

Leo y Sabina, llegaron al jardín junto al abuelo, estaban hambrientos pero no sólo querían comida sino respuestas, sus ojos brillaban de entusiasmo, al fin descubrirían más sobre los secretos del sótano hablando con el abuelo.

Leo encontró un viejo artefacto.

—¡Sabina, mira! una lámpara, como la que usaban cuando no había electricidad, mi papá tiene una de adorno en su estudio ¿te acuerdas?

—Sí, ¿y eso qué tiene que ver ahora?

—Imagínate, podemos usarla hoy en la noche, en el sótano.

—No sabemos si sirve, y aunque supiéramos no sabemos cómo funciona, así que no sirve de nada, —contestó Sabina, sin darle ninguna importancia al cacharro viejo.

—¿En qué piensas Leo? —Leo miró con mucha curiosidad la lámpara y el abuelo extrañado le dijo:

—No te preocupes, ya tenemos luz eléctrica y si se va la luz podemos usar una vela.

—Sí, sólo quiero saber cómo funciona.

—Abuelo, explícame, pero antes debo ir por Sabina para que los dos escuchemos y desayunemos después.

Leo fue al cuarto del jardín y encontró a Sabina acomodando todo, y mientras le ayudaba, le dijo.

—Seguramente el sótano tiene luz como todas las habitaciones de esta casa, sólo tenemos que encontrarla y encenderla.

Sabina se quedó sorprendida y se hizo la misma pregunta ¿cómo no lo pensamos antes?

—No lo sé, pero tenemos que volver, el abuelo me explicará cómo funciona la lámpara y es hora de desayunar.

—Esta lámpara la use hace muy poco, así que tiene petróleo, por si nos quedamos sin luz sería muy bueno utilizarla, sólo que ahora tiene rota una parte de vidrio, pero aún sirve.

—Oye, ¿antes de que existiera el papel en qué se escribía?—siguió preguntando Sabina.

El abuelo tomó una gran bocanada de aire como quien se prepara para dar una larga explicación.

—Les contaré, primero se escribió en las piedras, pero antes de eso se pintaban las cuevas, con imágenes de cazadores, de mamuts, del sol, de los astros, de personas y sus instrumentos de caza.

—Se llaman pinturas rupestres, —intervino Leo, ¿te acuerdas Sabina que un día fuimos a verlas a un pueblito cerca de Oaxaca?

Sabina contestó afirmando con un movimiento de cabeza, enseguida dirigió su mirada al abuelo, quien continuó la explicación.

—En Sumeria, una antigua ciudad ubicada en el medio oriente, se comenzó a escribir en tablillas de arcilla, mientras estaban frescas se marcaban diferentes figuras que representaban números, utensilios para la agricultura y algunas partes del cuerpo. La forma en que estaba la punta del tallo era como una cuña, por lo cual se le llamo cuneiforme. Sumeria fue un lugar muy importante

en la historia de la humanidad, pues aquí comenzó la civilización, es decir, la escritura, la religión, las manifestaciones artísticas y los números.

Casi al mismo tiempo los egipcios también comenzaron a escribir, sólo que ellos lo hicieron sobre papiro de aquí viene nuestra palabra papel.

—¿Qué es el papiro? —preguntó Leo, eso como que me lo explicaron en la escuela, pero no le di importancia.

—El papiro se hacía con el tallo de una planta llamada papyrus, de donde viene su nombre, que crecía a orillas del río Nilo.

—Sé donde está, en África, por fin un lugar conocido. —dijo Sabina entusiasmada.

El abuelo continuó su relato.

—Cortaban los tallos y los unían para crear una especie de hoja, los dejaban secar y sobre esto podían escribir, lo malo es que muchos escritos se perdieron, pues el papiro con el tiempo se deshacía, como una hoja seca.

¿Saben cuál era la escritura de los egipcios?

—Esa pregunta es muy fácil, pues los jeroglíficos, son como dibujos —contestó Leo.



—Muy bien Leo, pero más que dibujos son signos que representan ideas, como el escarabajo que representaba para los egipcios el ciclo de la vida, la muerte y la vida después de la muerte.

—Vamos Sabina, ayudemos al abuelo, tal vez encontremos peces con tres ojos en el estanque —dijo Leo.

—Tal vez encuentren algo mejor, animales acuáticos con pies —dijo el abuelo con entusiasmo.

—Eso sí lo quiero ver, apuesto que no existen —retó Sabina al abuelo.

—Apostemos entonces, si encontramos uno tendrás que lavar los platos del desayuno, la comida y la cena, pero si no lo encontramos yo seguiré contestando tus preguntas.

Sabina volteó a ver al abuelo y levantó su pulgar.

Todos fueron al estanque y comenzaron a limpiar y a buscar algún pez con pies, de repente Archivaldo sacó algo del agua y Leo gritó:

—¡Sabina, Sabina! ven tienes que estar preparada, un animal rarísimo.

Leo y Sabina se acercaron al gato y vieron que había sacado un pez con pies.

—No puede ser, perdimos la apuesta, pero ¿qué es esto?

—Es un ajolote, un animal único en el mundo que sólo vive en México, —les dijo el abuelo al escucharlos tan emocionados.

—Hablando de México cuéntanos abuelo, ¿aquí también se escribía en papiros? —preguntó Sabina.

—Eso es trampa Sabina —dijo el abuelo.

—No, no. Ésta es otra historia, las que nos contabas pasaban del otro lado

del mundo, ésta pasa en el lado del mundo en el que vivimos.

—¡Ay! Sabina querida, sí tienes razón, ésta es nuestra historia. Aquí en México antes de la llegada de los españoles se escribía en piel de venado, o en la corteza de los árboles, también en las paredes se hacían murales, que contaban los acontecimientos más importantes o se tallaban piedras llamadas estelas.

—¿Y con qué lo pintaban? —preguntó Leo.

—Con pigmentos hechos de vegetales, plantas o animales —contestó el abuelo.

—¡Animales, no lo puedo creer!, ¿cómo, usaban sus pieles para hacer pintura? —interrumpió Sabina.

—No, de esos animales no, se obtenía de un pequeño insecto que crece en los nopales llamado grana cochinilla, aún se usa para teñir textiles y darle color a algunos alimentos o medicinas. Se desprende del nopal y luego se pone a secar al sol y al combinarse con otras sustancias como el limón o el bicarbonato se pueden obtener hasta 64 colores, desde el rojo carmín hasta el más tenue rosa, pasando por el violeta.

—Si tuviera ese insecto en casa ya no necesitaría colores de madera, sólo grana cochinilla—agregó Sabina.

—¿Pero los otros colores de dónde venían? —preguntó Leo.



—El marrón de la cáscara de nuez, el verde del musgo, el azul profundo del añil que se obtiene de las hojas de una planta llamada xiquilite. Y el amarillo se obtiene con la cáscara de granada.

—¡Increíble abuelo!, quisiera hacer mis propios colores y teñir mi ropa, pintar algunos cuadros y escribir en mis cuadernos con tintes naturales, nadie tendría este tipo de pintura sólo yo —dijo Leo emocionado.

El día transcurrió muy rápido, regresaron a ver las fotos con don Agustín y por fin apareció la abuela Sofía. El abuelo les contó que había fallecido desde hacía 12 años; que dedicó su vida a cuidar los papeles, los libros, fotografías y demás documentos que contaran la historia del pueblo. La abuela amaba también guardar esas cosas de su familia, libros, fotografías, periódicos y documentos, que él prometió guardar celosamente. También les contó que se conocieron, cuando él trabajaba en el archivo.

—Ella llegó un día preguntando si teníamos algún documento de su abuelo, quien había sido presidente municipal de este pueblo, yo le ayudé a buscar y así fue como la historia hizo una nueva historia, nació Inés su madre y luego conoció a Jerónimo y es así como ustedes ahora están aquí. ¡Todos a dormir! ya es tarde —dijo de repente el abuelo.

Sabina y Leo fueron a su habitación, y como las noches anteriores tomaron la lámpara, bajaron al sótano, y esta vez encontraron el interruptor, sólo que estaba atrás de un librero y era difícil alcanzarlo, se estiraron lo más que pudieron y cuando finalmente encendieron la luz todo se iluminó, pero al instante se escuchó un tronido, el foco se fundió y Archivaldo salió corriendo.

No podían creer todo lo que habían visto.

—¿Viste? —preguntó Leo a Sabina.

—Sí, creo haber visto un museo en este cuarto, tal vez sea el tesoro —dijo Leo, mientras iluminaba con la pequeña lámpara que apenas los dejaba ver.

—Bueno, pero, volvamos a nuestro libro, porque si no terminamos de leerlo no sabremos en qué escribían antes.

—¿Te acuerdas qué fue lo que dijo el abuelo después del papiro?

—No recuerdo, mejor busquemos en el índice y cuando encontremos algo parecido lo leemos —contestó Leo.

Fueron recorriendo los temas y encontraron uno que llamó su atención: los chinos y el papel.

Leo comenzó a leer.

En China se unían varas de bambú y se escribía sobre la superficie, estos escritos podían enrollarse; los chinos después de investigar y probar diferentes cosas inventaron el papel que hacían con residuos de arroz, cáñamo y seda y mantuvieron esto en secreto por varios siglos hasta que en Francia se comenzó a fabricar el papel de trapo o lino.

—Que envidiosos chinos, debieron compartir con el mundo su invento, —dijo Sabina un poco molesta.

—No sabemos por qué lo mantuvieron en secreto, tal vez nunca sabremos sus motivos —contestó Leo para hacer sentir mejor a su hermana.

—Bueno busquemos lo del “peramigo” —insistió Sabina.

—Aquí hay algo parecido: La ciudad de Pérgamo, página 300.

—Me toca leer —dijo Sabina.

Leo cambió su lugar con ella, no querían mover el libro, pues parecía sumamente viejo y tenían miedo de romperlo o maltratarlo más, Sabina leyó lo siguiente:

Pérgamo era una ciudad situada al norte de Asia, donde hoy es Turquía, aquí se hicieron los mejores pergaminos del mundo. Era un material hecho de la piel de animales como de becerros, cabritos y corderos...

—Me cansé de leer tanto y no me gustó eso de los animales.

—Sabina, era otra época y era lo único que tenían, para escribir. —dijo Leo tratando de reconfortar a su hermana.

Oye Sabina se me ocurrió una idea ¿y si vamos por la lámpara de petróleo? ya sabemos cómo usarla.

Leo y Sabina salieron del sótano y fueron directamente al desayunador donde habían dejado la lámpara, buscaron un cerillo para prender la mecha, pero la sorpresa fue que prendieron la lámpara entera y la madera del desayunador.

Sabina gritó al ver fuego en la cocina. Leo trató de apagarlo con su cubre bocas que habían fabricado con una de sus playeras pero no lo logró,

Archivaldo corrió a despertar al abuelo, quien bajó lo más rápido que pudo y dijo:

—¡Fuego en la cocina! háganse para atrás no se asusten no pasará nada, el abuelo corrió por el extintor que estaba a lado del sótano y vio la puerta abierta y en ella, una mancha muy grande de aceite en la comisura de la puerta, pero no le dio importancia, sólo tomó el extintor y corrió a la cocina, sofocó el fuego y abrazó a los niños.

—¿Qué hacen aquí tan noche?

Sabina y Leo se miraron muy asustados y ninguno dijo una sola palabra hasta pasados algunos minutos.

—Bajamos por leche y galletas. Teníamos hambre abuelo y quisimos usar tu lámpara de petróleo, pero todo se incendió —explicó Leo al abuelo.

—Claro olvidé decirles que no lo intentaran, es muy peligroso manejar combustibles sin supervisión.

—¿Todavía tienen hambre? —preguntó el abuelo.

Los niños contestaron que no, subieron rápidamente a su habitación y, por el susto, olvidaron que dejaron la puerta del sótano abierta.

—Buenas noches abuelo Agustín, discúlpanos, no imaginamos que esto podría ocurrir —dijo Sabina muy asustada.

—Vayan a dormir tranquilos, el peligro ya pasó —contestó el abuelo preocupado por sus nietos.

El abuelo miró un retrato de la abuela Sofía que colgaba en una pared y pensó: ¡han descubierto el tesoro!

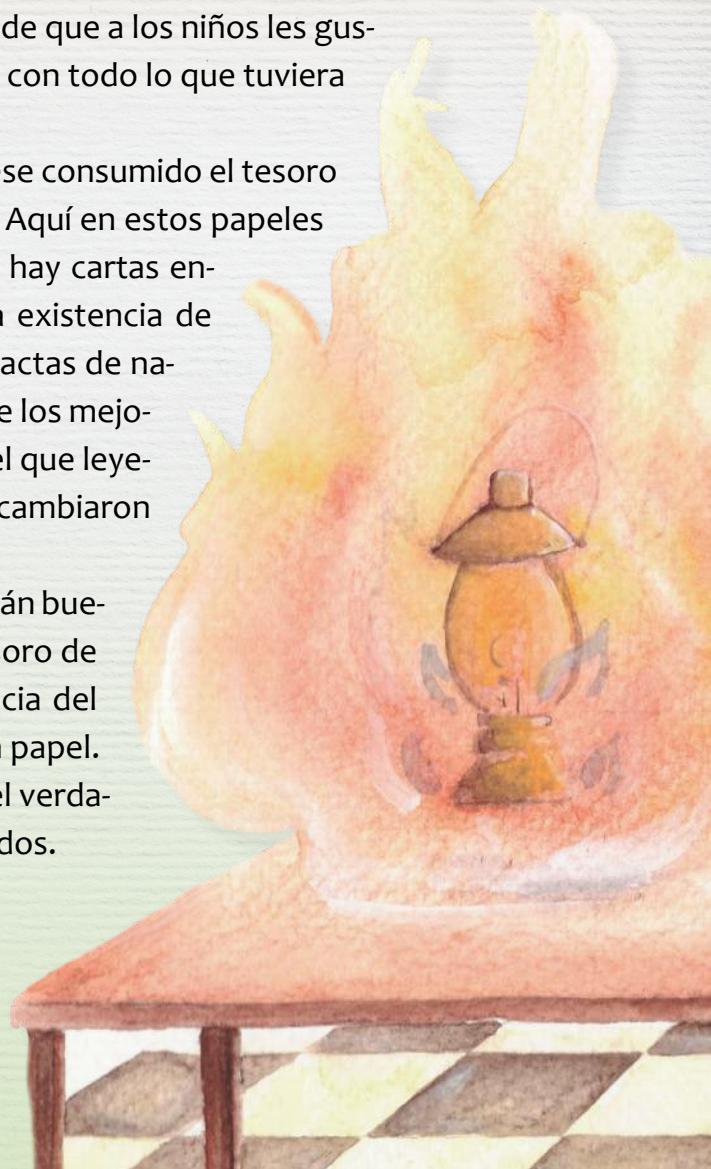
A la mañana siguiente el abuelo les preguntó si habían podido encontrar las riquezas del sótano, ellos sorprendidos contestaron negativamente, no sin antes pedir una disculpa por entrar a donde no debían.

El abuelo lejos de molestarse se alegró de que a los niños les gustara leer, pero les pidió tener más cuidado con todo lo que tuviera que ver con la cocina o combustibles.

—¿Qué habría pasado si el fuego hubiese consumido el tesoro que la abuela me encomendó resguardar? Aquí en estos papeles está reunida toda la historia de la familia, hay cartas entre Sofía y yo, documentos que avalan la existencia de esta casa, el acta de nuestro matrimonio, actas de nacimiento, fotografías que son recuerdos de los mejores momentos que vivimos y libros como el que leyeron, tan valiosos que con su sola lectura cambiaron mi vida.

—Leo y Sabina, estoy seguro de que serán buenos investigadores, han descubierto el tesoro de la familia, este tesoro es testigo y evidencia del paso del tiempo y ha dejado sus huellas en papel.

Sabina y Leo se alegraron al descubrir el verdadero valor que guardan los papeles olvidados.





Las vacaciones terminaron, al día siguiente, Inés y Jerónimo estaban en la casa de don Agustín para llevar a sus hijos de regreso a casa. El abuelo, Leo y Sabina estaban muy tristes, pero tomaron sus maletas y se despidieron del abuelo Agustín, él les dio un gran abrazo y les prometió visitarlos pronto en la ciudad. Subieron al auto y Sabina asomó la cabeza por la ventanilla y le dijo al abuelo:

—¡Han sido mis mejores vacaciones, gracias abuelo Agustín!

—No olvides llevar a Archivaldo contigo cuando nos visites! —dijo Leo, quien quedó entusiasmado al conocer además del tesoro del sótano, la historia del papel y sobre todo la historia familiar.



El sótano de la memoria

Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México, A.C.
Septiembre, 2018.

Poco tiempo y mucho olvido

Libia Ennedi Ortiz
Ilustraciones: Renata Galindo

D.R. © Libia Ennedi Ortiz Dueñas
Poco tiempo y mucho olvido
D.R. © Ilustraciones
Renata Galindo

D.R. © Apoyo al Desarrollo de Archivos
y Bibliotecas de México, A.C.
www.adabi.org.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
incluido el diseño tipográfico y de portada sea cual
fuere el medio, electrónico o mecánico o de cualquier
otra índole, sin el consentimiento por escrito del editor.

Derechos reservados conforme a la ley.
Editado en México

FUNDACIÓN ALFREDO HARP HELÚ

Alfredo Harp Helú
Presidente Honorario Vitalicio
María Isabel Grañén Porrúa
Presidencia

APOYO AL DESARROLLO DE ARCHIVOS
Y BIBLIOTECAS DE MÉXICO, A.C.

María Isabel Grañén Porrúa
Presidencia
Stella María González Cicero
Dirección
Amanda Rosales Bada
Subdirección
María Cristina Pérez Castillo
Coordinación de Publicaciones

Poco tiempo y mucho olvido

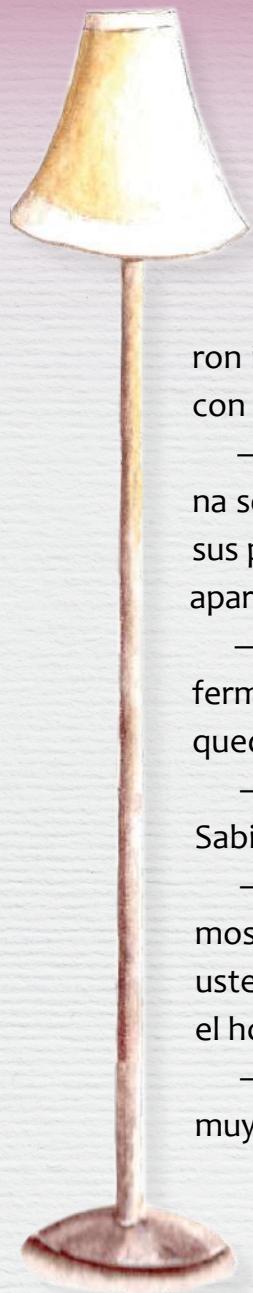
Libia Ennedi Ortiz
Ilustraciones: Renata Galindo



FUNDACIÓN
Alfredo
Harp Helú 

The logo of the Fundación Alfredo Harp Helú consists of a stylized graphic element resembling a large letter 'A' or a similar geometric shape, composed of several parallel lines.





Esta tarde las cosas no van muy bien para Leo y Sabina, les acaban de avisar que su abuelo está enfermo, sólo saben que se encuentra en el Centro de Salud del pueblo.

Sus papás salieron corriendo a verlo, ellos no pudieron ir, así que se quedaron muy tristes recordando todas las aventuras con don Agustín.

—Seguro el abuelo se va a recuperar, es cuestión de tiempo. —Sabina soltó un suspiro muy largo, las horas pasaban y ellos no sabían nada, sus papás no llamaban, cuando de repente, al anochecer, muy apurada apareció su madre.

—¡Hagan sus maletas! Nos vamos al pueblo, el abuelo está muy enfermo y tendremos que cuidarlo hasta que salga del hospital, papá se quedó con él.

—¿Pero qué tiene, le duele la cabeza o le dio varicela? —preguntó Sabina, mientras perseguía a su mamá por la casa.

—No Sabina es algo más complicado, les explicaré en el auto, ¡vamos, de prisa!, tenemos que estar de vuelta en el pueblo al amanecer, ustedes se quedarán en casa del abuelo, su padre y yo lo cuidaremos en el hospital, se harán cargo de la casa y por supuesto del gato.

—Archivaldo, mamá, así se llama el gato, Archivaldo, —dijo Sabina muy indignada.

Los niños hicieron caso de lo que su mamá les pidió, estaban tristes por las malas noticias, pero contentos de poder estar más cerca del abuelo.

Al amanecer llegaron a la casa, ésta se sentía muy sola y triste, Archivaldo estaba en un rincón enrollado, pero cuando entró la familia empezó a ronronear alrededor de ellos.

Se sentaron un momento y miraron la mesita que habían quemado con la lámpara de aceite hace algunos veranos, la puerta del sótano, que ahora estaba abierta de par en par porque el abuelo trabajaba ordenando su colección de libros, papeles y fotografías.

Después de un rato Sabina y Leo entraron al sótano.

—¡Está patas pa' arriba! —dijo Sabina asombrada, —el abuelo no avanzó mucho.

—No, mira, está todo en cajas y en la mesa, pero ya está organizado, sólo falta ponerlo en su lugar, bueno algunas cosas parecen no tener orden.

—Mira aquí está el libro de la escritura y el papel, pero, ¿por qué está en esta bolsa? Y tiene esta cosa peluda blanca, mira, por acá también hay otros papeles que parecen tener granos.

—Mejor no los toques, se ven muy raros. Leo le quitó las manos a Sabina de los papeles.

Sabina y Leo estaban muy asombrados con todo lo que encontraron, ese sótano siempre les daba sorpresas. No entendían qué le había sucedido al papel. Pasaron algunas horas en el sótano, leyendo y viendo antiguas fotografías de sus abuelos y de sus papás.

Encontraron un libro con hoyos entre las hojas y túneles miniaturas en todas partes, parecían las galerías de un museo.

Por fin su mamá llegó y los llevó al hospital; cuando don Agustín los vio sólo sonrió pues no podía hablar bien, parecía que le faltaba el aire y tosía mucho, y como pudo les dijo que no se preocuparan que le había dado un resfriado, pero que pronto estaría bien y listo para volver a su casa.

—Abuelo, yo sé que te vas a curar y pronto vamos a estar juntos arreglando de nuevo los tesoros del sótano, pues entramos y no está muy ordenado que digamos.

Aparte vimos unos libros con cosas raras, con peluche y con granos. ¿Qué tienen? —preguntó Sabina con curiosidad.

—¡Cof,cof! El abuelo tosía repetidamente. —No deben tocar esos libros ni papeles, se han enfermado, igual que yo —tomó aire y continuó, igual que las personas, los libros se enferman de diferentes maneras, pues aunque no lo crean son entes vivientes.

—Abuelo, ¿cómo podrían enfermar, si no están vivos? —dijo Leo.

—Exacto, mejor dínos qué les pasa, —interrumpió Sabina.

—Es verdad, están enfermos... ¡Cof,cof!

Entró una enfermera y les pidió salir, ya que el abuelo debía descansar.

Sabina y Leo pidieron unos minutos más y el abuelo les dijo:

—Regresen a casa, ¡diviéransen en el jardín!, pronto voy a salir y les contaré todo.

—Abuelo te queremos mucho y encontraremos la manera de curar a los libros y los papeles, —le dijo Sabina, con un tono de voz muy alentador.

Leo y Sabina volvieron a la casa del abuelo, no sabían qué hacer con esos

libros enfermos. Además, no creían eso de las enfermedades, nunca antes habían escuchado decir semejante cosa acerca de los libros. Sabina que no quería quedarse con dudas decidió entrar al sótano y revisar esos libros, Leo la detuvo una vez más como siempre.

—No Sabina, él abuelo dijo que no los tocáramos, si están enfermos de verdad y nos contagian nos volveremos peludos o con granos. Mejor no.

—¡Ay, Leo! no tengas miedo, pues si están enfermos hay que ponernos un cubre bocas y los guantes que están sobre la mesa, como con mi abuelo, así no nos contagian.

—Vamos a pensarlo un poco más, mientras tanto revisaremos las demás cosas, seguro encontraremos algo divertido.

Revisaron las fotografías, las cartas y los papeles familiares por largo rato, pero nada les llamaba tanto la atención como los libros que les habían prohibido tocar, aún así seguían esforzándose por seguir las instrucciones del abuelo.

Siguieron viendo más libros hasta que llegó la hora de dormir. A la mañana siguiente despertaron y fueron a ver al abuelo al hospital.

—¡Abuelo! ¿cómo estás? —preguntó Sabina dándole un beso.

—Pláticanos sobre los libros enfermos, aún no puedo creer que enfermen, —dijo Leo.







—Anoche soñé que teníamos que curar a uno de tus libros, tenía fiebre y se deshojaba, era un libro con ojos, boca, manos y pies. Me decía que se sentía muy mal, que ya nadie lo leía y que tenía miedo de ser olvidado para siempre.

—Vaya Sabina ese libro sí la estaba pasando muy mal, pero tienes razón. Un libro que ya nadie lee y cuida deja de existir.

El abuelo hacía mucho esfuerzo para poder hablar, sin embargo les dijo a sus nietos: —Los libros y papeles enferman porque están hechos de la madera de los árboles, algunos de algodón o de lino, son cosas que a algunos animales les gusta comer y también les gusta vivir entre las hojas.

—Busquen en el librero de la esquina, bajo el retrato de la abuela van a encontrar un baúl con algunas cosas y ahí está un manuscrito, es decir un libro escrito a mano, con un bolígrafo o un lápiz.

Deben ser muy cuidadosos, su abuela lo hizo a lo largo de los años y ahí apuntó todo lo que aprendía, sobre el papel, los libros, los archivos, cómo cuidarlos y sobre todo cómo curarlos.

En ese momento la mamá de Sabina y Leo entró por ellos. Cuando llegaron a la casa, abrieron el baúl y sacaron un montón de cosas, hasta que se toparon con el manuscrito, estaba unido con hilo a dos tapas de cartón muy duro que protegían las hojas de papel amarillo, lo colocaron sobre la mesa y lo abrieron; la letra era muy adornada y bellísima, trazos delgados y largos, les costó un poco de trabajo entender lo que estaba escrito.

La abuela había hecho un libro donde describía las enfermedades y plagas que dañan el papel.

—Escucha Leo, —pidió Sabina— en el ambiente existen muchas cosas que dañan y contagian a los libros, así como a los archivos; las bacterias, los hongos, insectos y polvo. Cuando hay mucha humedad y calor los libros se infectan y enferman.

Para curar un libro es necesario contar con ciertas medidas de precaución para no contagiarnos; debemos tener una bata, lentes o goggles, cubre bocas, guantes de latex y brocha.

—Oye Leo, y ¿sí mañana tomamos prestadas estas cosas del hospital? —sugirió Sabina.

—Me parece buena idea, después de usar todo lo devolvemos.

—¿Cómo le hacemos? nadie debe darse cuenta, mucho menos mis papás.

—Mañana en el hospital, tomamos las cosas, seguro ahí, se nos ocurre algo, mientras mis papás están con el abuelo, nosotros aprovechamos.

Al día siguiente, todo transcurrió con normalidad, Sabina y Leo se fijaron en cada cuarto del hospital, no veían nada que les pudiera servir, en vez de eso, se topaban con jeringas, agujas, bolsitas con agua y vendas. Pasaron de un lado a otro, hasta que vieron a un doctor meterse a una sala y dejar su bata, junto a otras, esperaron a que saliera y después tomaron todo lo necesario, no encontraron, lentes, ni goggles, pero cuando salían del hospital pasaron por el consultorio del dentista y vieron que la enfermera y el doctor tenían unas caretas transparentes que protegían no sólo los ojos, sino la cara. Sabina miró a Leo y sin más comenzó a quejarse de un fuerte dolor en la muela.

—¡Mamá! Me duele mucho, —mientras se llevaba la mano al cachete—, ¡llévame al dentista!

—Si mamá, aquí debe haber alguno, —dijo Leo muy optimista.

—Qué raro Sabina, hace un momento estabas muy bien, abre la boca y déjame ver. Sabina se rehusó diciendo que no podía, que realmente le dolía, no quedó más que pasar al consultorio del dentista, los niños vieron que había más de dos caretas en un gabinete, pero estaban lejos de poder tomar alguna, el doctor revisó a Sabina, pero no encontró el motivo del dolor.

Volvieron a casa del abuelo y siguieron leyendo el manuscrito de la abuela.

Los hongos son uno de los principales atacantes de los libros, hacen una capa sobre las hojas, algunas veces parece que le crece pelo de color blanco a los libros, otras los hongos dejan manchas de color oscuro o amarillentas. Son sumamente peligrosos, sus esporas vuelan y pueden causar enfermedades terribles, por eso es muy importante limpiar estos libros con el equipo adecuado.



—Por eso el libro de *La historia del papel* tiene como peluche blanco y el abuelo lo puso en esa bolsa para después curarlo, quizá él no se protegió correctamente y por eso enfermó, —dijo Sabina como quien descubre la verdad.

—¡Exactamente!, el abuelo no nos estaba mintiendo cuando nos dijo que los libros enferman, —dijo Leo y siguió leyendo.

Cuando se descubre que un libro está infectado, se tiene que aislar de los demás, limpiarlo con una brocha y luego con productos químicos especiales para cada caso. Existen otros daños en los libros causados por unos animalillos amantes de la madera y por lo tanto de la celulosa del papel.

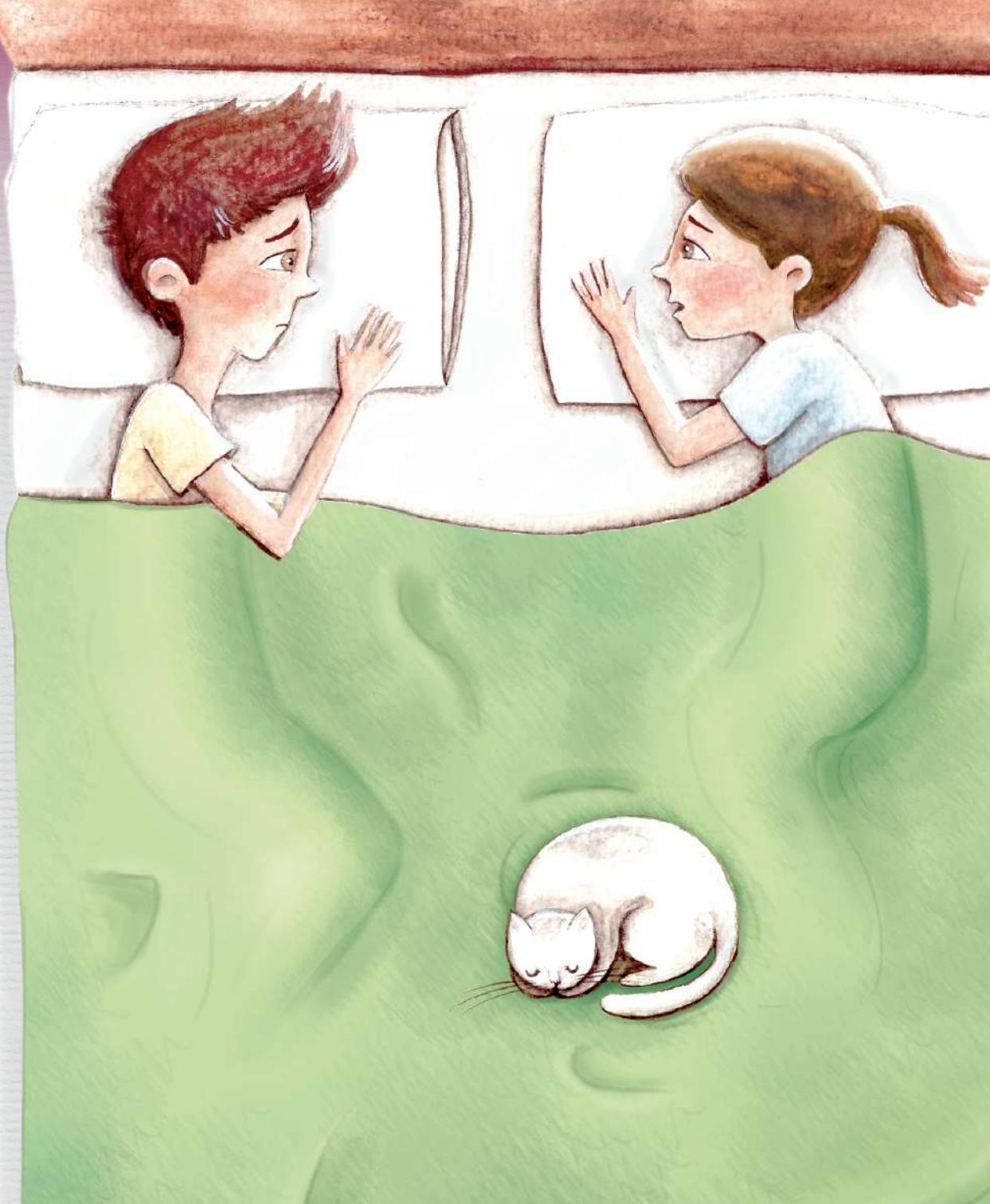
—Creo que ya no entendemos, estamos cansados, mejor mañana seguimos y recuerda que tenemos que tomar las caretas del consultorio del dentista, —advirtió Leo.

—Bien vámonos, ¡yo pido la cama del abuelo! —se adelantó Sabina.—No, me toca a mí. —Claro que no, quien la gane primero.

Leo y Sabina corrieron hasta la habitación y los dos llegaron al mismo tiempo, dieron un salto que culminó en una caída en la cama y almohadazos.

—¿Crees que el abuelo se recupere? —preguntó Sabina a Leo.

—Desde luego que sí, no quiero que se me olviden las cosas que me ha enseñado, a veces pienso que tenemos muy poco tiempo para aprender todo lo que él sabe. —Cuando seamos así de viejitos, seguro sabremos tanto como él, no creo que haya aprendido todo en un día.



—Seguramente, nos quedan muchos años por delante. Siguieron platicando mientras se quedaban dormidos.

Como los últimos días, fueron a ver al abuelo, le platicaron lo que leyeron en el manuscrito, también le dijeron que la letra era muy difícil de entender.

—Sí niños, esa letra es manuscrita y se escribía con plumillas que se recargaban con tinta.

—Todas las letras parecen estar pegadas unas a otras, como por una cuerda, intenté hacerla pero esto fue lo que me salió. Sabina sacó una hoja de papel con letras que más bien parecían patas de arañas, pero se alcanzaba a leer “Te quiero abuelo”.

—Oye no nos has preguntado por Archivaldo, —dijo Leo al abuelo.

—Es verdad, con esta tos y con el poco tiempo que los veo, olvido todo, ¿cómo está mi pequeño amigo?

—Bien abuelo, es un buen compañero, hacemos todo juntos, comemos, salimos a jugar y pasa horas con nosotros en el sótano leyendo.

—Lo extraño realmente, qué lástima que los gatos no puedan visitar enfermos. Si tan sólo pudiera verlo unos minutos.

—¿En serio lo quieres ver? —preguntó Leo, mientras caminaba al sillón donde había dejado su mochila y el abuelo movía la cabeza, diciendo sí, Leo corría el cierre de su mochila y unas pequeñas orejas se dejaban ver.



—¡Niños; trajeron a Archivaldo, su madre y las enfermeras se van a enojar con ustedes y nos van a correr a todos, no lo puedo creer, acércame esa mochila quiero acariciar a ese peludo.

El abuelo sonrió y se alegró y Archivaldo ronroneaba, los dos querían darse un abrazo, pero también sabían que si Archivaldo salía de la mochila metería a todos en problemas.

Esa tarde no pudieron tomar las caretas del consultorio del dentista, siguieron leyendo más y descubrieron que existen alimañas que comen libros, encontraron uno que hace túneles, come una hoja y pasa a la siguiente, haciendo hoyos en los libros, este animal es una especie de escarabajo llamado reloj de la muerte. —Su nombre es como de película de terror, me lo imagino con grandes mandíbulas de color negro y los ojos rojos como de fuego, unas patas de dos metros y antenas que podrían cargarnos, —dijo sabina entre asustada y divertida.

—No para nada, mira, aquí hay un dibujo, es pequeñito, pero muy tragón.

Continuaron la lectura y descubrieron a dos animalillos: el pececillo de plata, es temible para los archivos y libros, come madera, cartón y papel, su comida favorita es el pegamento, el polvo, la tela, los cabellos, la caspa, entre otros animales muertos, comen de todo, hasta su propio exoesqueleto cuando se les cae.

—¡Guácala! ese animal es muy raro y su comida no se me antoja nada.

—No sólo eso Sabina, viven en lugares como edificios viejos o entre los papeles y libros arrumbados, por si fuera poco huyen de la luz.

—Como los vampiros, que miedo Leo, qué tal que entra un pececillo de plata que quiere comer todos estos libros y papeles, es tan grande que también nos quiere comer a nosotros y claro a Archivaldo.

El pobre dio un maullido y se le pusieron los pelos de punta.

—¡Ya Sabina! estas espantando al pobre Archivaldo.

—¡Ay! Sólo es imaginación, ¿a poco crees que podría pasar?, bueno sigue, ¿qué otro animal comedor de libros tenemos?

—Pues aquí dice que un animal más temible que los otros dos, son las termitas, son capaces de destrozarse completamente un libro o cualquier cosa que se les antoje, les encanta comerse las cubiertas de los libros sobre todo si son de madera, tienen el aspecto de una hormiga pero casi transparentes, aunque no tienen nada que ver con ellas. Las termitas atraviesan cualquier cosa. —¿O sea que no sólo se comen los libros, sino también el librero?

—Pues yo creo que hasta la cama y los muebles.

—Esta lectura, además de terror, me ha dado algo de hambre, vamos por unas quesadillas y un poco de leche para Archivaldo.

El gato se lamió una pata, saboreando su leche, Sabina y Leo cenaron y luego se quedaron dormidos.

Sabina no paraba de moverse, pataleaba y gritaba:

—¡No te comas a mi hermano! a veces es bueno y siempre se baña.

Estaba soñando que llegaba un pececillo de plata montado en un escarabajo reloj de la muerte y después de comerse todos los libros de la ciudad, iban tras Leo, Archivaldo y Sabina, encontraban un escondite, pero era el hogar de

un millón de termitas, llenas de un líquido espeso donde quedaban atrapados y el pececillo tomaba a su hermano, con sus diminutas patitas y ella gritaba:

—¡No te comas a mi hermano! En eso Leo la movió abruptamente.

—Sabina estás soñando, ¡despierta, despierta!

—Leo ¿no te están comiendo los insectos mutantes, dónde está Archivaldo?

—Cálmate, no pasa nada todos estamos bien, ¿no que era sólo imaginación? — dijo Leo con el tono más burlón que encontró en su repertorio de voces.

Volvieron a dormir. Al día siguiente visitaron al abuelo y por fin pudieron tomar prestadas las caretas, pero ese día, fueron a dar un paseo con sus papás por el pueblo, ya que el abuelo se sentía mejor. Llegaron tarde a la casa, pero se prometieron empezar temprano a limpiar los libros. Sus papás les dieron la buena noticia de que al día siguiente el abuelo saldría del hospital, la tos por fin se había ido.

En cuanto sus papás fueron por el abuelo, Leo y Sabina bajaron al sótano, preparados con sus batas blancas, cubre bocas, guantes y su careta especial, tenían una brocha cada uno en la mano, parecían astronautas, no podían moverse de todo lo que llevaban encima, Archivaldo maullaba como si algo malo pasara, los jalaba de las batas que les quedaban colgando, sobre todo a Sabina. Lentamente metieron la mano a la caja que guardaba la bolsa que contenía el libro con hongos como peluche, estaban por sacarlo cuando el abuelo bajó las escaleras y les pidió que se hicieran para atrás.

—¡Noooooo! Gritó el abuelo mientras los detenía, —es muy peligroso pueden enfermar, para hacer un trabajo así se necesita ser especialista en



Restauración y estar en un lugar adecuado, si vuelan las esporas del hongo, todos los libros se contagiarán y nosotros también.

Soltaron la bolsa rápidamente, sus papás los obligaron a devolver las cosas al dentista. Lo mejor de todo fue que el abuelo se fue una temporada con ellos a la ciudad y los llevó a un taller donde restauran libros enfermos.

Sabina y Leo conocieron cómo se limpian, cómo se lavan los documentos para quitar bacterias, cómo se cosen y encuadernan. Les enseñaron a hacer papel y como dato curioso les dijeron que los insectos defecan en los libros y que eso también les afecta, son los puntitos negros que a veces tienen las hojas.

—¡Guácala! —dijo Sabina y todos soltaron una carcajada.



Poco tiempo y mucho olvido

Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México, A.C.
Septiembre, 2018.



FUNDACIÓN
Alfredo
Harp Helú 

Un pueblo sin archivo

Libia Ennedi Ortiz
Ilustraciones: Renata Galindo

D.R. © Libia Ennedi Ortiz Dueñas

Un pueblo sin archivo

D.R. © Ilustraciones

Renata Galindo

D.R. © Apoyo al Desarrollo de Archivos

y Bibliotecas de México, A.C.

www.adabi.org.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño tipográfico y de portada sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico o de cualquier otra índole, sin el consentimiento por escrito del editor.

Derechos reservados conforme a la ley.

Editado en México

FUNDACIÓN ALFREDO HARP HELÚ

Alfredo Harp Helú

Presidente Honorario Vitalicio

María Isabel Grañén Porrúa

Presidencia

APOYO AL DESARROLLO DE ARCHIVOS
Y BIBLIOTECAS DE MÉXICO, A.C.

María Isabel Grañén Porrúa

Presidencia

Stella María González Cicero

Dirección

Amanda Rosales Bada

Subdirección

María Cristina Pérez Castillo

Coordinación de Publicaciones

Un pueblo sin archivo

Libia Ennedi Ortiz
Ilustraciones: Renata Galindo



Don Agustín estaba remodelando el sótano para guardar todos los papeles, libros, fotografías, periódicos y revistas, bien ordenados para encontrarlos fácilmente, pero eso le había sido muy complicado, ya que estaba solo con Archivaldo, su gato y no podía avanzar mucho.

Le decía por teléfono a Sabina, su nieta—Lo que la abuela y yo guardamos a lo largo de nuestra vida es como un laberinto sin salida, pero en cuanto abro un libro o leo una carta puedo escuchar la voz de su abuela Sofía.

Sabina le dijo al abuelo:

—Espérame tantito abuelo, le voy a preguntar a mi mamá si podemos ir a tu casa, tenemos unos días de vacaciones.

El abuelo del otro lado del teléfono se alegró y se escuchó de fondo la voz de Sabina que preguntaba a Inés, su mamá, si podía llevarlos al pueblo con él para ayudarle:

—¡Ándale! el abuelo y Archivaldo están muy cansados y no pueden con todo el trabajo, aparte aquí qué vamos a hacer.

—¡Ay Sabina! dile que mañana al mediodía estaremos allá, avísale a Leo. —contestó Inés con un dejo de extrañeza. Sabina corrió al teléfono y le dijo al abuelo:

—¡Mañana llegamos!

Sabina dile a tu mamá que la quiero mucho.

Por fin llegó la mañana, todos listos, el camino, el mismo de siempre; montañas, curvas, ovejas y vacas



pastando. Después de unas horas la casa del abuelo ya se alcanzaba a ver, junto a ella el estanque con su peculiar color grisáceo y el paisaje envuelto en una tenue neblina.

El primero en salir a recibir a los invitados fue el gato Archivaldo, después en el umbral de la puerta se formó la silueta del abuelo que lentamente caminó hacia sus nietos y les dio tremendo abrazo.

—¡Qué gusto verlos, ahora sí estoy completo con mi equipo de investigadores! —Sonrió el abuelo a su hija Inés.

—Papá, en serio, no sé qué les diste para tener tanto interés por tu sótano.

—Pues lo que se le debe de dar a todos los hombres, ¡curiosidad!

Leo y Sabina no dejaban de revolcarse en el pasto con Archivaldo, que era un gato de lo más cariñoso.

—¡Adentro todos! está a punto de llover, —dijo el abuelo.

Cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, todos corrieron a refugiarse en la casa.

—¡Ahora sí! Ya que estamos todos aquí podemos empezar a ordenar estos papeles.

A pesar del interés que despertó la historia familiar, a Leo no le iba muy bien en la materia de Historia, en su primer año de secundaria, no entendía nada de lo que el maestro decía.

—Leo, la Historia no sólo la encuentras en el salón de clases, está en todas partes, por eso intento explicarles que lo que guardo en el sótano es una

colección, es decir bienes o documentos que se han ido acumulando por herencia o tradición y pertenecen a la comunidad o a alguien, como todos estos documentos pertenecen a nuestra familia.

Sabina y Leo voltearon a ver a su alrededor, parecía que entre las fotos, los libros, los recortes de periódico, las cartas y demás papeles podrían dar una vuelta completita a la Tierra.

—Entonces abuelo, ¿aquí tenemos nuestro archivo familiar?, ¿pero a poco todo esto sirve? Sabina hizo esta pregunta con varios papeles en las manos, dispuesta a tirarlos a la basura.

—¡No Sabina! Tenemos que revisarlos si después de eso ya no tienen ningún valor para la historia de nuestra familia o como documento para comprobar algo, ya podremos tirarlo.

—¡Auch! esto será más difícil de lo que pensé y no tardaremos un par de días, serán años, —replicó Sabina al ver la cantidad de trabajo que todo eso representaba.

—Bueno vamos empezando —dijo Leo, primero los guantes y el cubre bocas; mientras explícanos qué hacemos. Se dirigió al abuelo con mucho entusiasmo.

—Primero vamos a sacar los papeles de estas tres cajas, yo les diré lo que sirve y lo que no, si lo tiraremos a la basura o mejor aún lo venderemos a la recicladora que está en la carretera, así podrán hacer papel nuevo.

Estaban todos trabajando, así transcurrieron un par de horas y los jóvenes ya estaban muy cansados, así que se sentaron a la mesa para comer algo y platicar del trabajo de un archivista.





—No entiendo bien abuelo ¿Qué hacías cuando trabajas en el archivo del pueblo? —preguntó Leo con voz extenuada.

—Justo lo que hacemos ahora Leo, sacar documentos de cajas, limpiarlos y ordenarlos, en los archivos siempre se hace un listado o inventario de todo lo que hay, por ejemplo en el estante uno, en la caja tres, están las actas de nacimiento o las cartas de la familia y así caja por caja, y son kilómetros de cajas, a veces cuando me cansaba leía lo que decían los documentos.

—¿Qué sentías al leer cosas de hace muchos años?

—No se explicarlo muy bien, es una sensación de melancolía, a veces me daban ganas de gritar porque lo que leía era una injusticia hacia alguna persona, ya fuera indígena, mestizo, criollo, mulato y muy pocas contra españoles.

—Pero también había cosas buenas, ¿no?

—Claro, por ejemplo no te imaginas todo lo que se ha escrito sobre este pueblo, su gente, sus tradiciones, su iglesia que tiene un pasadizo secreto, lo sé porque vi los planos en el archivo municipal.

Mientras tanto, Sabina se quedó dormida en la mesa, fue muy pesado el trabajo para una pequeña de diez años, el abuelo y Leo siguieron platicando un rato más. Despertaron a Sabina para que subiera a su recámara, pero ella ya estaba recuperada para seguir con el trabajo, así que todos volvieron al sótano a continuar con la limpieza y el ordenamiento de los papeles. De repente, cuando ya estaba oscureciendo, se escucharon varios toquidos repetidas veces en la puerta.

Archivaldo erizó su cuerpo del susto de tan tremendo ruido y enseguida se escuchó una voz masculina que gritaba:

—¡Don Agustín, don Agustín! ábrame la puerta soy Benito del archivo municipal.

El abuelo del otro lado de la puerta les dijo a sus nietos: —no se asusten es Benito, pero tan tarde, a qué habrá venido.

Abrió la puerta, hacía frío y llovía. Le hizo una seña al muchacho para que entrara.

—¿Qué ocurre Benito por qué tanta agitación? Pero siéntate, mira ellos son mis nietos, Sabina y Leo. Los jóvenes sonrieron y cuando pretendían dar un saludo, Benito los interrumpió abruptamente.

—Sé que es un poco tarde para las visitas, pero tiene que ayudarnos, están poniendo en cajas los documentos del archivo, bueno ya no sé si son cajas o bolsas, ¡se están llevando el archivo! Benito hablaba tan rápido que casi no se le entendía.

—Calma muchacho tienes que hablar más despacio, no entiendo nada, ¿Quién está sacando los documentos, cómo que en bolsas?

—Sí, dijo Sabina, explícate claramente Benito, porque ya nos preocupaste mucho.

—Vamos, escuchemos al joven, mientras le preparo un té de tila.



Continúa por favor desde el principio y con calma.

—Bueno, desde hace un par de días el personal de la Casa de Cultura, donde está alojado el archivo municipal, empezó a correr un rumor de que cerrarían el archivo, bueno eso me dijo Isabel, ya ve que esa muchacha es tan amable, decía que cerrarían el archivo porque el presidente municipal quiere usar el espacio como una sala para sus juntas y sus reuniones.

Benito tomó un respiro y un trago del té, que el abuelo ya había puesto en sus manos.

Lo peor es que pensamos que sólo era un rumor y nadie lo tomó en serio, y hoy en la mañana entró al archivo el presidente municipal, lo miró detenidamente y dijo:

Este espacio es perfecto ¿qué es esa caja de allá?

Le contesté que era el archivo muerto y muy serio replicó: si está muerto, entonces hay que enterrarlo.

Leo interrumpió diciendo, eso suena muy razonable, está muerto que lo entierren, pero ¿a poco un archivo muere?

—No Leo, es simbólico, significa que ya no está en uso, que son documentos que hasta hace muy poco se dejaron de utilizar en la vida cotidiana, pero se tienen que revisar para saber si algo de eso puede contribuir al archivo histórico.

Benito por favor continúa.

—Todos creímos que el señor presidente estaba bromeando con la idea de enterrar al archivo.

Pero no, dijo nuevamente y con más seriedad:

—¿Qué esperan para llevarse ese muerto de aquí? vamos a darle santa sepultura en el cementerio.

De repente entró gente con cajas y bolsas y empezaron a recoger todos los documentos que estaban en los estantes, Isabelita trató de explicar que lo que estaban haciendo era una terrible equivocación, que los documentos eran valiosos para la historia local y para la historia del país; que en él se guardaban escritos de muchos acontecimientos, como de la fundación del pueblo, los presidentes municipales que habían existido y lo que habían hecho por la comunidad, en fin, el registro de la vida de la región, desde su existencia hasta hoy en día.

—Yo nunca veo a nadie aquí queriendo saber su historia, este lugar está desperdiciado y necesito ocuparlo.

Así poco a poco empacaron todo lo que pudieron, aún no acaban, por hoy han dado por terminada su labor.

—Don Agustín ¿qué hacemos? No podemos quedarnos sin archivo, esos documentos no deben perderse.

—Tenemos que llamar a las autoridades—

—¡Ay, don Agustín!, sí justo las autoridades son las que no lo quieren.

—Pero debe haber alguien que nos pueda ayudar, ¡esto no lo podemos permitir!, por lo pronto tenemos que ir afuera del archivo y bloquear la entrada a los saqueadores.

—Sí abuelo vamos, no podemos dejar que se lleven todo, y ese archivo es el motivo de que tú y mi abuela Sofía se conocieran, es mí pasado que puede ser destruido o abandonado, —gritó Sabina.

—Pues si el presidente municipal no quiere los papeles no los puede dar y nosotros ponemos nuestro propio archivo. —Dijo Leo.

—No es así de fácil niños, un archivo tiene que estar en un lugar apropiado para resguardarlo, pero sí debemos evitar que saquen los papeles y lo cierren. Lo siento niños pero hoy vamos a dormir justo frente al archivo, para custodiarlo y no permitir que nadie entre.

Tomen su chamarra, su lámpara y la casa de campaña, ¡vamos a defender nuestra historia!

—Gracias don Agustín, sabía que usted no dejaría que esto pasara, por la memoria de doña Sofía, pero ahora hay una razón más fuerte, enseñar a sus nietos lo que realmente significa tener un vestigio de nuestra identidad.

Al llegar al lugar pudieron ver el gran desorden que había en el archivo.



Todo estaba en cajas y bolsas, pero aún no se llevaban nada, eso significaba que los documentos seguían ahí, sólo que estaban guardados. El abuelo cerró la puerta y la aseguró con una gran cadena y un candado del cual solamente él tenía llave. Nadie podrá entrar, se colocó frente a la puerta, tendrán que pasar por encima de nosotros.

Benito estaba nervioso no le parecía buena idea enfrentar al presidente municipal y a todos sus compinches.

—Don Agustín ya me estoy arrepintiendo.

—No, Benito no tengas miedo, si estamos todos juntos no tenemos que temer, vas a ver que no nos podrán hacer nada, —dijo Sabina, tratando de dar ánimos a Benito.

—Yo digo que mejor hagamos que la gente se entere de esto, pero no sólo les digamos que cerraron el archivo, si no que les digamos algo importante sobre este lugar, que sientan que lo deben defender. —Dijo Leo muy seguro de sus palabras.

—Vaya, me parece una gran idea Leo, sólo tenemos que pensar la manera de llegar a la gente antes de que el presidente municipal vuelva por la mañana.

Todos se quedaron pensando por largo rato. Hasta que al abuelo se le ocurrió que debían tocar en las puertas de los vecinos.

—Vamos a hacer dos grupos Leo y Benito; Sabina, Archivaldo y yo, iremos a cada casa, tocaremos las puertas y explicaremos a la gente lo que está ocurriendo, pero tenemos que ingeniárnosla para transmitir nuestro sentir.



Se dividieron y comenzaron a tocar puertas, alertando que el archivo municipal sería cerrado, pero que era muy importante para todos que eso no pasara; Benito y el abuelo que sabían muchas historias de los antiguos pobladores, comentaban sobre los documentos de las familias en el archivo, sobre el registro de sus casas, sobre sus antepasados que salvaron al pueblo de una hambruna terrible y de la inundación del año 1875; que el fundador del pueblo llevaba su mismo apellido; que antes aquí estuvo la algodonera más famosa del país, etcétera. Algunos vecinos lo habían olvidado y otros lo ignoraban por completo, pero todos se sorprendían con las historias que guardaba el archivo así que empezaron a convocar a los demás y se juntaron unas treinta personas que se quedaron junto con los primeros cinco a velar el archivo. La gente se quedó charlando con el abuelo y con Benito, que relataron historias increíbles sobre el pueblo.

Por fin el sol anunciaba la mañana, acompañada de un frío que calaba hasta los huesos, algunas mujeres traían café y pan para los que estaban cuidando el archivo, algunos niños empezaban a llegar con sus padres que les explicaban que se quedarían ahí, porque tenían que defender su pasado, que después los llevarían a ver las antiguas fotos del pueblo que se guardaban en el archivo, para que supieran como había cambiado con el paso de los años.

—¡Abuelo, abuelo ya viste cuánta gente!, ¡lo logramos!, ahora ya no tengo miedo, la verdad es que cuando Benito tuvo miedo yo también.

De repente llegaron Leo y Benito para alertar a todos de que el presidente estaba llegando, todos se tomaron de las manos formando una cadena humana para impedir que pudiera entrar.

La gente gritaba ;tenemos derecho a tener un archivo, a que la historia del pueblo no sea olvidada, a aprender de nuestros antepasados, tenemos derecho a no olvidar y a no ser olvidados!

El presidente no podía creer lo que veía, se acercó, vio a Benito y dijo:

—Con que tú eres el que encabeza esta revuelta, tenía que suponerlo, ¡ay Benito no sabes en el grave problema que te has metido!, aquí yo soy la autoridad, nadie más, yo digo lo que se hace y no se hace.

Los vecinos al escuchar esto se enojaron y se acercaron al presidente:

—Usted no se imagina lo que representa este lugar para mi familia y para todas las familias del pueblo—

Mientras tanto llegó la policía que empezó a tirar de la gente para que se soltaran las manos, pidiendo que desalojaran el lugar de manera pacífica y ordenada o llevarían a todos a la cárcel, no sólo del pueblo, sino de los pueblos cercanos y serían separados de su familia acusados por obstruir a la ley. Cuando todos se iban y la policía daba tirones al abuelo y a Benito, el abuelo alcanzó a gritar:

—Tu abuelo Porfirio y yo fuimos muy amigos, el rescató y construyó este archivo, tengo documentos y cartas que lo demuestran, no lo destruyas Victoriano, ;también es tu historia! Has perdido a tu abuelo y a tu padre, no pierdas la memoria también, —cuando el abuelo dijo esto y llamó al presidente por su

nombre él dio la orden que todos se fueran a sus casas que la policía también se fuera, que sólo se quedara don Agustín.

—Váyanse todos, arreglaremos esto entre Victoriano y yo, Benito ve con mis nietos a la casa, ahora los alcanzo, no se asusten ni se preocupen.

El abuelo Agustín y Victoriano entraron al archivo y platicaron largo tiempo.

El abuelo volvió a la casa, le dijo a Benito —anda ve a acomodar todos esos papeles ;que ese archivo no se cierra mientras yo viva!

Sabina y Leo dijeron —¡mientras vivamos nosotros abuelo!

—Bueno, pero antes de irme, don Agustín, debe contarme lo que le dijo al señor presidente, ¿cómo lo convenció de no cerrar el archivo?

—No lo convencí sólo de eso, sino de que llamara a una asociación que



apoya y rescata archivos para que nos ayude a ordenar todo y cada vez tener un mejor archivo que todos puedan consultar.

—¡Don Agustín, siempre me sorprende!, pero ya dígame ¿cómo le hizo para convencer a ese hombre?

—Sólo le conté su propia historia, y le enseñé dónde estaba, le describí a su abuelo, le enseñé una foto de cuando Porfirio, mi gran amigo era el archivista y yo el ayudante, le mostré a su padre corriendo por el patio de la Casa de la Cultura y en el fondo el archivo, creo que eso lo hizo entrar en razón y aceptar que los papeles que resguarda el archivo municipal también conservan una parte de él.

—Sólo es reconocernos en la historia y saber que nosotros la construimos cada día, todos los que existimos, existieron y existirán.

Benito, pide al periódico que publique una nota sobre el archivo, su importancia y sobretodo que se sepa que no se va a cerrar y que puede ser consultado por todo aquel que lo desee, como debe ser.

Sabina y Leo tuvieron que volver a la ciudad, pero sentían que habían vivido una experiencia que nadie creería, ¡ellos salvando un archivo!

—De vez en cuando todos podemos ser héroes y pasar a la historia—, dijo Sabina a Leo.



Un pueblo sin archivo

Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México, A.C.
Septiembre, 2018.



FUNDACIÓN
Alfredo
Harp Helú 

Laberinto de letras

Libia Ennedi Ortiz
Ilustraciones: Renata Galindo

D.R. © Libia Ennedi Ortiz Dueñas

Laberinto de letras

D.R. © Ilustraciones

Renata Galindo

D.R. © Apoyo al Desarrollo de Archivos

y Bibliotecas de México, A.C.

www.adabi.org.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño tipográfico y de portada sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico o de cualquier otra índole, sin el consentimiento por escrito del editor.

Derechos reservados conforme a la ley.

Editado en México

FUNDACIÓN ALFREDO HARP HELÚ

Alfredo Harp Helú

Presidente Honorario Vitalicio

María Isabel Grañén Porrúa

Presidencia

APOYO AL DESARROLLO DE ARCHIVOS
Y BIBLIOTECAS DE MÉXICO, A.C.

María Isabel Grañén Porrúa

Presidencia

Stella María González Cicero

Dirección

Amanda Rosales Bada

Subdirección

María Cristina Pérez Castillo

Coordinación de Publicaciones

Laberinto de letras

Libia Ennedi Ortiz
Ilustraciones: Renata Galindo



FUNDACIÓN
Alfredo
Harp Helú 

The logo of Fundación Alfredo Harp Helú consists of a stylized letter 'A' formed by a horizontal line and a diagonal line, with a small square and a plus sign integrated into the design.

Entrega de
BOLETAS



Esa mañana Leo recibiría sus calificaciones del primer año de secundaria, Sabina llegó a su recámara para decirle que ya era tarde.

Llegó el momento de la entrega de calificaciones y a Leo no le fue nada bien, tenía un cinco enorme, rojo que resaltaba de entre los ochos, los nueves y el diez de música y educación física. Leo sintió un temblor en todo su cuerpo y sudor frío, él sabía que no había tenido un buen año, pero guardaba la esperanza de al menos tener un seis, ¡no un terrible cinco!

—¿Cómo le voy a decir a mis papás y a mi abuelo que reprobé Historia?

Respiró profundo y miró al maestro un tanto malhumorado, se acercó poco a poco y antes de poder decir cualquier palabra el maestro le dijo:

—Nos vemos en el extraordinario, joven Leonardo, estudie y espero que esta vez sí visite la biblioteca.

Leo seguía atónito, nunca antes había reprobado y menos Historia, su abuelo iba a sentirse muy decepcionado, con todo lo que habían platicado acerca de lo importante del pasado y todas esas cosas de los documentos y los archivos.

No habría vacaciones para él, todo el verano estaría estudiando y lo que más lamentaba era no poder visitar al abuelo para ayudarlo con el arreglo del sótano, los papeles y los libros. No se sentía nada bien, cuando de repente, apareció Fátima frente a él.

—¿Cómo te fue con las calificaciones?

Leo titubeo un poco para decir una gran mentira:

—Muy bien tengo un ocho, pero es insignificante, por ahora me tengo que ir, nos vemos después.

—¡Leo espera!, vamos a tomar un raspado al parque, unos compañeros y yo vamos a festejar nuestras buenas calificaciones y quiero invitarte.

Leo se puso más rojo que un jitomate.

—Lo siento, no puedo, será después, echó tremenda carrera hasta el primer árbol que encontró y se sentó. No sabía bien a bien qué pensar, cómo arreglar tal problema y por si fuera poco dejó a Fátima hablando sola y se negó a acompañarla.

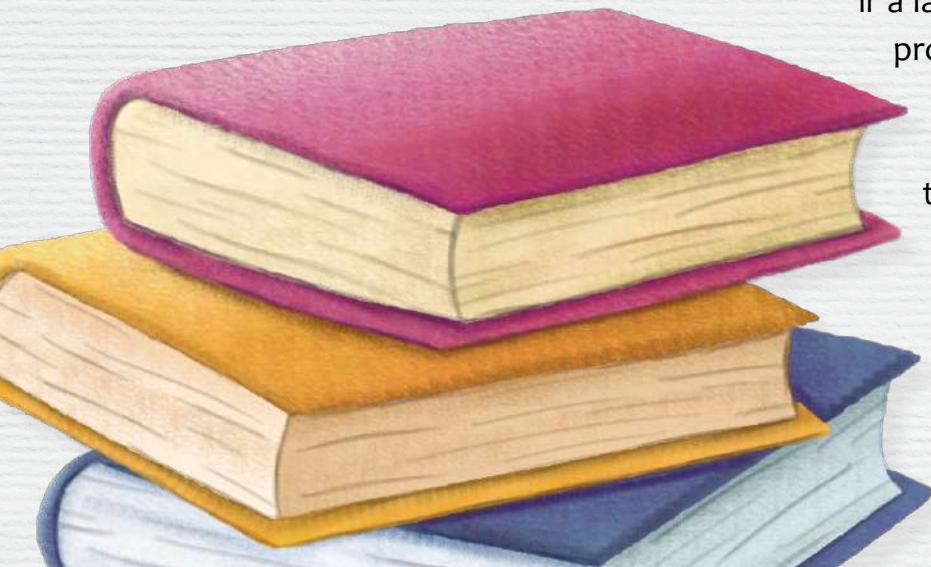
Por fin tuvo fuerza para encaminarse a la casa. Cuando llegó, su mamá y Sabina ya lo estaban esperando para comer.

Sabina reclamó —No te pudimos encontrar, ¿dónde te metiste? Fátima me dijo que saliste corriendo de la escuela. ¡Vamos a comer!

En su recámara, Leo pensó en que tenía un par de días antes de que sus papás se enteraran de esto, tenía que contárselo a alguien, tal vez Sabina tendría una idea, pero por el momento era mejor no contarle a nadie.

Después de mucho pensar y darle vueltas al asunto decidió que lo mejor era

ir a la biblioteca, como le dijo el profesor; pero él nunca había puesto un pie en una. Había escuchado que la gente estudiaba ahí y que leían libros y que algunos los podías llevar a casa.



La mañana siguiente, se despertó muy temprano y le dijo a Sabina que lo acompañara, que tenía algo importante que decirle y que necesitaba de su ayuda. Llegaron a la biblioteca que estaba cerca de la escuela.

—¿Oye Leo que hacemos aquí? —preguntó Sabina desconcertada —Es el primer día del verano y estamos en una biblioteca, tú sí que eres raro.

—Ya dime, ¿qué te está pasando?

—Reprobé Historia y no sé cómo le voy a decir a mis papás y al abuelo, él siempre nos motiva para que nos interese, y yo repruebo.

El profesor me dijo que era hora de visitar la biblioteca y que me vería en el extraordinario. ¿Pero ya no sé a qué vengo a la biblioteca?

Sabina y Leo entraron, la puerta era de madera muy pesada y rechinaba, había tanto silencio que lo único que escuchaban eran sus pasos, una mujer estaba del otro lado del mostrador y les pidió que dejaran sus mochilas y sólo entraran con un cuaderno y un lápiz. Había unas cuantas personas leyendo, en una de las salas había niños escuchando un cuento sentados en tapetes de colores, cuando Leo se asomó vio que era Fátima la que leía, ella lo vio y le hizo una señal con la mano para que se acercaran. Él y Sabina se sentaron junto a los otros niños y Sabina estaba feliz escuchando el cuento de un terrible alienígena que devoraba ciudades enteras.

Fátima terminó la lectura, se acercó a saludar a Leo y a Sabina.

—¿Tú qué haces aquí? —preguntó Sabina a Fátima

—Soy voluntaria durante el verano en la biblioteca, leo cuentos a los niños, coloco los libros en su lugar, ayudo a los visitantes a encontrar lo que buscan,

en fin lo que se necesite. A veces también tengo que sacudir los libros, lo cual no me gusta nada; y ustedes, ¿qué hacen aquí? —preguntó Fátima.

—Estamos dando una vuelta, nos recomendaron venir a la biblioteca en las vacaciones, —se adelantó Leo a contestar para que Sabina no le contara nada.

—¿Les ayudo con algo? —preguntó Fátima muy amable.

Leo y Sabina contestaron al mismo tiempo: —Sí, —dijo Sabina.

—No, para nada, estamos como en casa, tenemos todo controlado, ahorita vamos a ver qué queremos leer, —dijo Leo.

—¿Por qué no le dijiste que no tenemos ni idea de qué estamos haciendo aquí y tampoco sabemos cómo buscar o qué leer?

—Claro que no Sabina, no ves que ella sabe mucho y es muy inteligente.

—Bueno, pues vamos a pasear entre los libros a ver qué encontramos, ¿cómo qué temas viste en la clase de Historia?

—No recuerdo, —;no puede ser Leo, ahora sé por qué reprobaste!, te voy a ayudar porque sé que me va a servir el próximo año. Haz memoria para saber más o menos, qué buscar.

—Escuché decir al profesor algo sobre Porfirio Díaz, la revolución, la constitución, hay tantos temas, que no sé, pero sí me acuerdo que sentía feo, de repente hablaba de muchos muertos, guerras, pobreza, no sé cuantas historias tristes.

—Seguro estudiaron la Revolución mexicana, bueno primero encontremos el pasillo de Historia.

Caminaron, pero la biblioteca no era para nada pequeña y pasaban por uno y otro pasillo pero sólo veían números.





VOLUNTARIA

Leo y Sabina no tenían idea de cómo buscar en una biblioteca, por más vueltas que dieron. Fátima llevaba largo rato observándolos y se reía discretamente, hasta que decidió ayudarles y preguntó —¿puedo apoyarlos?, que necesitan?, la mayoría de las personas que visitan una biblioteca no saben cómo buscar, a veces no saben a qué vienen pero una vez aquí ya no quieren salir.

Como yo, la primera vez que vine fue porque mi papá no dejaba de insistir en que una biblioteca es más divertida que un celular, yo le dije que eso no era posible. Entonces apostamos; si yo me aburría en la biblioteca después de cinco días de visitarla, él me compararía un celular de última tecnología, pero si yo me divertía, me comprometía a estar en la biblioteca ayudando a que la gente que la visitara se la pasara bien y le encontraran el lado bueno; me gustó tanto que ahora estoy aquí como voluntaria desde hace algunos veranos; pero cuando llegué no sabía nada, por dónde caminar, ni qué buscaba, hasta que encontré la sala de cuentos y me puse a leer un rato, luego llegó el cuentacuentos, escuché atentamente y me entusiasmé tanto que quería seguir leyendo más, pero primero tuve que aprender a buscar.

Leo soltó un suspiro y dijo:

—Está bien, yo nunca había venido a una biblioteca y tengo que confesarte algo... reprobé Historia y ahora tengo que estudiar, pero no sé por dónde empezar.

Sabina exclamó —¡Vaya Leo! pensé que nunca lo ibas a decir, desde este momento has hecho las cosas más fáciles. —miró a Fátima y le dijo: —Esto es una alerta máxima, necesitamos de tu ayuda.

—Sí por supuesto, primero revisemos la tabla: Historia está en el pasillo nueve, si no sabes bien a bien lo que buscas puedes ir al pasillo y tomar un libro al azar y ver toda la información, pero si ya sabes exactamente qué tema investigarás, entonces vamos al catálogo, aquí tenemos dos tipos, el que está en tarjetas guardadas en unos cajones, que se llama fichero, y el de la computadora.

¡Uff! Sabemos qué es la Revolución mexicana, —contestó Sabina pasando su mano por la frente.

—Con eso es suficiente dijo Fátima y los tres se acercaron a una mesita donde estaban algunas computadoras, junto al mueble con las tarjetas.

—Yo busco aquí, mientras ustedes buscan en las tarjetas, —dijo Sabina contentísima de ver una computadora entre tantos libros.

—¡Ay Sabina! Los libros también son divertidos, —dijo Leo y miró a Fátima como buscando su aprobación.

Pero ella ya estaba buscando en el cajón marcado con la letra “R” de Revolución. —Revolución alemana, Revolución francesa... Y después de muchas revoluciones llegaron a la tarjeta de “Revolución mexicana”.

—Tenemos muchos autores escoge tres, apunta el número, el nombre del libro y el autor.

Mientras tanto, Sabina no entendía nada en la computadora, buscaba en un lado, le daba click en otro, así que Fátima se le acercó y le dijo:

—Da click en Catálogo y luego en búsqueda escribe: Revolución mexicana y aparecerán todos los libros que existen en la biblioteca acerca del tema, escoge el que más te guste y vamos a buscarlo.

Sabina y Leo llegaron al pasillo donde decía el catálogo que debían ubicarse los libros que les interesaban; buscaron con el número que apuntaron, fue fácil encontrarlos, los llevaron a una mesa y comenzaron a hojearlos; el tiempo pasó sin darse cuenta de ello.

—¡Ya vámonos! por hoy es suficiente ¿no crees Leo?

—¡Ay! así no vamos a avanzar, pero está bien, ya vámonos y venimos mañana.

Durante varios días Leo y Sabina fueron a la biblioteca a estudiar, leer, y escuchar una que otra historia. En esos días Fátima y Leo estaban muy conversadores, tanto que ella le dijo que había encontrado los planos de la biblioteca.

—Descubrí que debajo hay túneles, no sé muy bien a dónde van, pero me muero de curiosidad por verlos, regresen después de la comida y acompáñenme.

Sabina estaba feliz, le encantaba la aventura; a Leo no le gustaba mucho la idea de meterse en problemas ya tenía suficientes, pero si Fátima lo estaba invitando era imposible que dijera que no.

Regresaron, con mucho cuidado y sin hacer ruido bajaron algunos escalones y se toparon con una reja vieja y oxidada, al fondo se alcanzaba a ver un pasillo negro, corría un poco de aire helado.

Leo que era bastante miedoso, les dijo:

—No traemos la llave y parece que no hay nada más que oscuridad, ni modo volvamos.

—No, no, no. Aquí traigo todas las llaves que encontré en la oficina, alguna de éstas debe ser la que abra.

Fátima probó con cada una, hasta que por fin la encontró, la giró y ya estaban del otro lado.

—No traigo linterna y dudo mucho que aquí encontremos luz.

—Se los dije, es momento de volver, regresamos mañana con una lámpara o una vela.

Todos regresaron, Fátima se veía bastante decepcionada por no poder entrar.

Al día siguiente entraron y caminaron unos cuantos metros y todo era igual, paredes húmedas, con telarañas, insectos que caminaban por el suelo, algunos charcos y un olor muy raro.

Finalmente encontraron dos caminos.

—Según los planos, éste lleva a la calle del mercado, —dijo Fátima.

—Pero ¿no queremos ir al mercado o sí? —preguntó Leo, ¿el otro camino a dónde lleva? —dijo Sabina.

—En el mapa no está marcado, lo investigaremos para después dibujarlo. —Sonrió Fátima a sus acompañantes.



—Mañana tal vez, por ahora ya es muy tarde —dijo Leo.

—¿Escucharon eso?, —preguntó Fátima.

—Pues no escucho más que mis pensamientos y nuestras pisadas, ¡basta, es momento de regresar!—insistió Leo.

Cuando se escucharon murmullos algo lejanos, los tres se miraron y apagaron sus lámparas. A lo lejos, se escuchaban dos personas platicando.

—Este libro es del siglo XVI, miren tiene pequeños hilos de oro para adornarlo, costó mucho trabajo conseguirlo, es por eso que es tan caro.

—No puedo pagar tanto.—Bueno, ¿cuánto puede pagar?

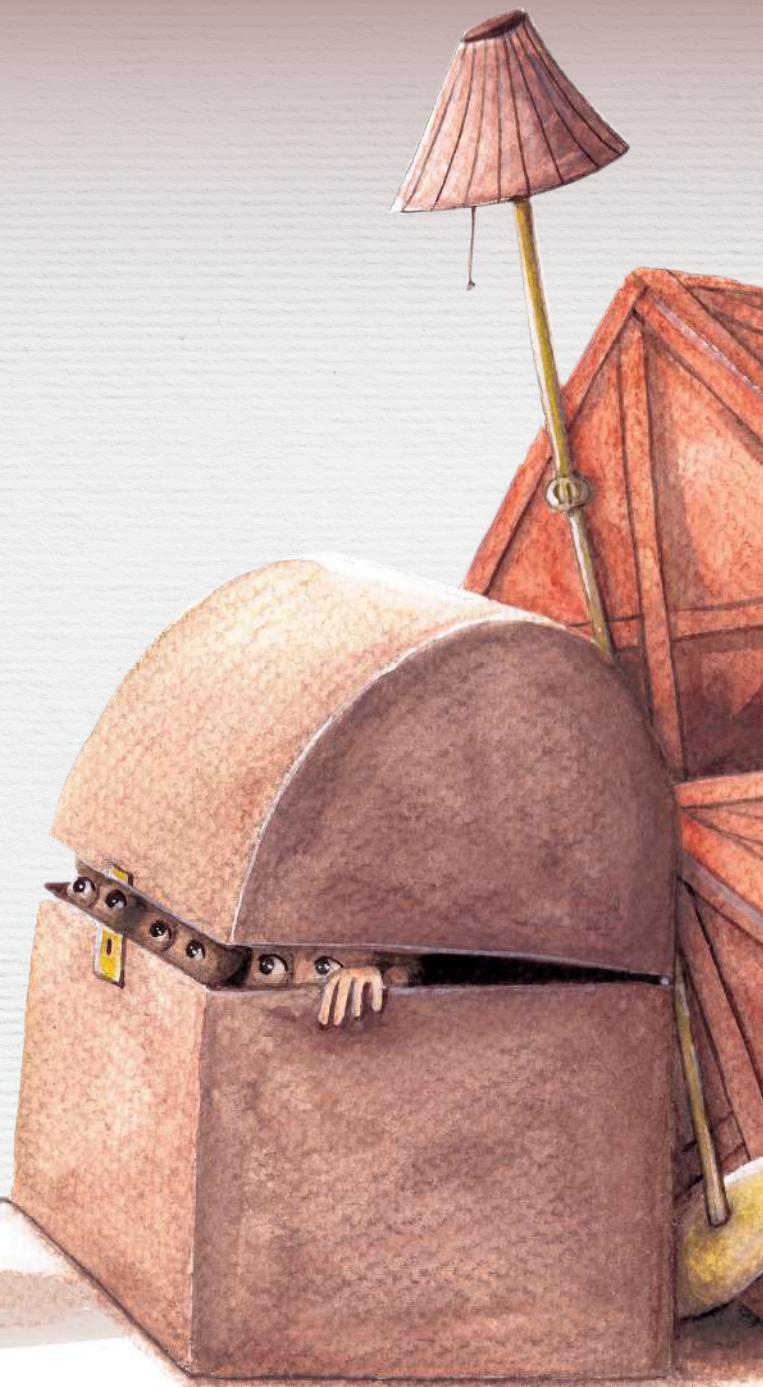
Los tres amigos caminaban con mucho cuidado hacia donde escuchaban las voces, llegaron y vieron a lo lejos a dos hombres hablando. Fátima reconoció a uno de ellos, él es el señor que siempre viene por las tardes a leer su periódico, ¿qué hace aquí, vendiendo libros, en los túneles?

—Tenemos que regresar, debemos llamar al abuelo —dijo Sabina.

Llegando a la casa, Leo llamó a don Agustín y le contó lo que acababa de ver y el abuelo le pidió que no hicieran nada hasta que él llegara, les prohibió bajar a los túneles, sin que él los acompañara.

La tarde siguiente el abuelo aún no había llegado, así que decidieron volver solos, pero ahora más temprano, antes de que llegara el señor del periódico.

Bajaron y caminaron hasta donde estaban un día anterior negociando los hombres, descubrieron una bodega llena de libros y antigüedades; estaban revisando todo, cuando escucharon pasos y se escondieron adentro de un enorme baúl de madera.



El lector del periódico se sentó, saco una libretita y su pluma, contaba en voz alta y anotaba.

Leo, Fátima y Sabina sólo observaban sin hacer ruido alguno, cuando apareció otro señor bastante agitado y que parecía nervioso; casi no podía hablar, se sentó en una silla y comenzaron a platicar:

—Encontré en una biblioteca, un libro de coro, que cuesta bastantes miles de pesos, pero claro no está a la venta, es patrimonio cultural.

—¡Ay Poncho! no sé qué es un libro de coro y mucho menos qué es patrimonio cultural, tú sólo dime dónde está y cómo me lo robo.

—Piojo, si serás burro, es un libro muy grande que usaban antes los coros de la iglesia para cantar, ahí venían las letras y las notas; sus tapas eran de madera, cubiertas con piel y tenían un broche que a veces era de plata, eran manuscritos o sea escritos, decorados e ilustrados a mano y algunos pesan hasta 40 kilos.

—No, Poncho pues vamos a necesitar a más muchachos para que nos ayuden con eso, yo sólo no voy a poder con 40 kilos, ¡ni que fuera el Santo o Superman!—Sí, ya pensé en eso, le hablé al Chino, para que él nos ayude; ustedes van a llegar a la biblioteca y dirán que son los encargados del mantenimiento eléctrico con una orden de arreglar la bodega; llevo varios días platicando con la



bibliotecaria, ya que me tuvo confianza, le dije que mi pasión son los libros, que me encantan, que yo siempre ando en busca de libros viejos, bueno antiguos, así que me llevó a la bodega, la cual no tiene orden alguno, no saben las joyas que guardan en ese lugar, pero yo luego, luego, vi todo.

—¡Muy bien Poncho!, tú siempre fuiste el más listo de la calle y luego del barrio, ahora sí dime el plan.

—El plan es que lleguen a las 3:00, entren y mientras yo distraigo a la bibliotecaria, saquen el libro más grande, lo van a ver, está recargado en el fondo de la bodega del lado izquierdo. A un lado está la salida de emergencia que es por donde deben salir con el libro, lo suben a la camioneta y nos venimos para acá, el comprador nos va a estar esperando aquí, dejaremos la reja abierta que da al mercado para que pueda entrar. ¿Me entendiste Piojo? —Piojo movió la cabeza afirmando.

Los dos hombres salieron, se encaminaron al túnel que lleva al mercado. Los jóvenes desconcertados, se miraron uno a otro y Sabina dijo:

—Vamos a seguirlos, ellos son ladrones de libros, imaginé cualquier cosa menos ladrones de libros.

—Sin duda, los libros son sumamente valiosos, sólo que la mayoría de la gente ya no les da ese valor, sobre todo a los libros antiguos, piensan que son viejos y no les ponen atención, —dijo Fátima con cara de tristeza y asombro.

—Leo y yo leímos en la casa del abuelo la historia del papel y los libros, descubrimos que hace muchísimos años era muy difícil tener uno. Sólo las personas ricas, los reyes, o las personas que pertenecían a la iglesia tenían alguno.

—Creo que es momento de salir de este lugar, si regresan nos van a encontrar, ¡vámonos tenemos que llamar al abuelo!

Los tres salieron y llamaron a don Agustín para contarle todo.

—Por favor no entren de nuevo, puede ser muy peligroso estamos frente a criminales muy experimentados, les pueden hacer algo, ya voy en camino, pero tardaré dos horas más en llegar. —Dijo el abuelo.

—Eso es mucho tiempo, el ladrón dijo que robarían el libro a las 3:00, luego lo traerían aquí para venderlo, ya es la 1:00 de la tarde, —replicó Sabina.

—Nosotros te esperamos por aquí abuelo, dijo Leo, date prisa y llama a la policía, a nosotros no nos van a creer.

—Yo creo que a mí tampoco, túneles debajo de una biblioteca, ladrones de libros y compradores de antigüedades, suena a una película y no a la realidad.

—Bueno date prisa pensaremos en qué hacer mientras llegas.

Los niños daban vueltas de un lado al otro frente a la biblioteca, se sentaban en una banca, se miraban, apretaban las manos, pero no se les ocurría nada.

Sabina los miró y dijo:

—¡Sí! lo que debemos hacer es entrar de nuevo y escondernos atrás de la puerta, ellos la dejaron abierta. Sostendremos una cuerda por los extremos y cuando entre el comprador, la jalamos, él tropezará y caerá. Leo lo detendrá impidiendo que se levante, mientras, nosotras lo amarramos de manos y pies y le tapamos la boca.

—Eso parece muy difícil Sabina, pero seguro lo logramos.

¿Qué dices Leo? —preguntó Fátima.

—Creo que es una muy mala idea, el abuelo dijo que lo esperáramos aquí y eso vamos a hacer.

—Nosotras vamos a ir, que el abuelo nos alcance allá, él ya sabe dónde estamos, —dijo Sabina tomando a Fátima por la mano.

Caminaron y Leo las siguió, fueron por todo lo que necesitaban al cuarto de limpieza, tomaron trapos, una cuerda y escobas para defenderse. Llegaron a la bodega y prepararon todo; el comprador llegó un poco antes de la hora indicada, los tres tomaron sus posiciones y en cuanto entró pusieron en marcha su plan, jalaron la cuerda, el hombre tropezó, y ellos le cayeron encima, sólo que el comprador era muy grande y pesado, les costó mucho trabajo inmovilizarlo, Fátima le dijo que la policía venía en camino.

—Tú y los ladrones tendrán un fuerte castigo. Eso de robar no está nada bien, pero robar libros, no dejan que más gente los disfrute y los conozca. El comprador se movía y retorció como un gusano en sal, emitía sonidos, pero tenía la boca amarrada con dos trapos, los niños decidieron quitársela para que diera una explicación.

—Te vamos a escuchar, seguro tienes algo que decirnos. Retó Sabina al comprador.

—Ja, ja, ja ¿a qué juegan jovencitos?, ¿policías y ladrones?, ¿a ser detectives? Déjense de tonterías y suéltenme. Les voy a regalar mucho dinero para que se compren juguetes y se vayan lejos. Leo bastante molesto le contesto:

—Sí, somos muy jóvenes, y ¿eso qué? Igual que a ti nos gustan los libros, sólo que no los robamos, ni compramos ilegalmente.



—Bueno, bueno ¿qué quieren?, no tardan en llegar Poncho y el Piojo y esos sí les van a dar su merecido por andar espiando.

Se voltearon a ver, se juntaron y en voz muy baja Leo les dijo a Sabina y a Fátima que no habían pensado en los ladrones. Cuando de repente escucharon los pasos, que se acercaban más y un par de carcajadas, eran Poncho y el Piojo.

—Ahora sí muchachos, más vale que corran o los van a agarrar; los tres pegaron tremenda carrera, Poncho y el Piojo llegaron y vieron a su comprador amarrado.

—Apúrense que ya nos descubrieron, se echaron a correr por aquel lado. Los ladrones corrieron tras los jóvenes, pero ellos llevaban una buena ventaja.

—¿Saben dónde hay un escondite u otro camino? —preguntó Leo.

—No tengo idea. Sigamos corriendo, no se detengan —contestó Fátima.

Encontraron otro camino, un hueco y se quedaron ahí, apagaron sus lámparas, escuchaban las voces de sus perseguidores mientras los tres temblaban de miedo.

Los hombres seguían buscándolos, decidieron ir por diferentes caminos, hasta que por fin el Piojo los encontró, los jóvenes con sus escobas le dieron tremenda paliza, pero llegaron los otros dos y se los llevaron.

—Ahora sí, les dije que me dejaran libre, —rió a carcajadas el comprador.

Llegaron al escondite pusieron a los niños en sillas y los amarraron.

—Fátima, pero si eres tú, la niña más amable de la biblioteca, ¿cómo se enteraron, alguien más sabe de esto? —les gritó Poncho.



—No nadie sabe sólo nosotros, si nos dejan ir no le vamos a decir a nadie.

—Ja, ja, ja ¿dejarlos ir?, eso no va a pasar. Ya se me ocurrirá qué hacer con ustedes, mientras tanto, Poncho se dirigió al comprador:

—Dame el dinero del libro, los muchachos están afuera para entregártelo.

Estaba sacando el dinero cuando llegó el abuelo, por supuesto con Archivaldo el gato.

—Momentito por favor, vengo por mis nietos y su amiga, espero no importunarlos.

Sabina y Leo gritaron felices de verlo.

—¡Abuelo!

El abuelo corrió a llamar a la policía y cuando los hombres se percataron estaban dentro de una patrulla; los valientes jovencitos y el abuelo les decían adiós, Archivaldo agitaba su cola de un lado a otro.

Los libros y las antigüedades fueron llevados a un lugar para resguardarlas, un equipo de expertos en conservar y rescatar el patrimonio, pondrían todos sus conocimientos para dejar listo lo que encontraron, para que muchas personas los pudieran ver, leer, consultar y apreciar.

El abuelo estaba muy orgulloso de sus nietos pero no se salvaron de un buen regaño y un castigo por desobedecer. No podrían ir de vacaciones. Leo confesó a sus papás y a su abuelo que había reprobado Historia, pero no se enojaron, todos le ayudaron a estudiar. Días después, el director de la biblioteca y los amigos del abuelo, entregaron una medalla jóvenes y al abuelo por defender el patrimonio cultural y documental.

Leo y Fátima son voluntarios en la biblioteca y parece serán novios muy pronto. Sabina se prepara para entrar a secundaria.

El abuelo y Archivaldo volvieron felices al pueblo.

¡Ah! y se me olvidaba, la biblioteca de donde sustrajeron el libro ahora está siendo ordenada y catalogada, para registrar cada ejemplar, que es patrimonio de todos, y así nunca más se perderá nada.





Laberinto de letras

Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México, A.C.

Septiembre, 2018.



FUNDACIÓN
Alfredo
Harp Helú 